La Ilustracion Artística

Año IX — Barcelona 1.° de diciembre de 1890 — Núm. 466

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VANIDADES MUNDANAS, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude

(Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del Campo de Marte, París, 1890)

SUMARIO

Texto. – *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. – *Los somalís en el Jardín de Aclimatación de París*, por el Príncipe Rolando Bonaparte. – *La resurrección de Winzer*, por F. M. G. – SECCIÓN AMERICANA: *Los amores de San Antonio* (continuación), por Eva Canel. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *El alumbrado por medio del gas comprimido.* – *La ciencia práctica. Tetera automática.* – *Toda una juventud* (continuación), por Francisco Copée. Ilustraciones de Emilio Bayard. Grabado de Huyot. – *Nuestros grabados.*

Grabados.— *Vanidades mundanas*, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude. (Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del Campo de Marte, París, 1890.) – Fig. 1. Los somalís en el Jardín de Aclimatación de París. (De una fotografía instantánea.) – Fig. 2. Farrach Adén, joven somalí de 26 años. – Fig. 3. Cherbaache, joven somalí de 21 años. (De fotografías.) – Fig. 4. Mujer somalí con su hijo pasando por delante de los visitantes del Jardín de Aclimatación. (De una fotografía instantánea.) – Fig. 5. Omar Yussuf, joven somalí de 20 años. – Fig. 6. Samawota Duali, muchacha somalí de 20 años. (De fotografías.) – Cinco grabados que ilustran el artículo titulado *La resurrección de Winzer*, llevando al pie de los mismos las frases textuales de referencia. – *Muchachas napolitanas ensartando perlas*, cuadro de Edmundo Pury, expuesto en París. – *El día antes de la separación*, cuadro de W. Rainey. – Fig. 1. Regulador para el alumbrado por gas comprimido. – Fig. 2. Disposición del recipiente en un vagón de ferrocarril. – Fig. 3. Boya luminosa en la Exposición de aparatos para evitar siniestros verificada en Berlín en 1889. – Fig. 4. Boya luminosa anclada en el mar. – Fig. 5. Linterna de una boya luminosa. – Tetera automática de Mr. Royle. – *El castillo de Roger de Lauria en Basilicata (Italia).* De una fotografía.

MURMURACIONES EUROPEAS

I

¡Cuán hermoso el otoño! El color azul del claro cielo, transparente como nunca; la inundación del éter luminoso, como nunca difusivo y animador; la lluvia de hojas áureas, que creeríais aerolitos, atravesando el espacio; los paisajes purpurados por matices de rojo cereza, que muchas frondas revisten al caerse; las montañas violáceas coronadas por las primeras nieves vírgenes; los últimos aleteos y vuelos de las especies viajeras al marcharse con píos casi elegíacos, ¡ah! sugieren una tristeza, tan melancólica y dulce, pero tan viril y confortante dentro de su dulzura, que os connaturaliza con la idea de vuestra muerte, poniéndole á la periódica y anual, indispensable para su renovación en el mundo de los vegetales, atracciones tantas, que os conformáis, si no con desearla, con atenderla gustosísimos cuando la envíe Dios, y os apercibís so tales religiosos pensamientos á la inmortalidad. No habrá ningún amador de la naturaleza que, ante una tarde atractiva como las otoñales del Mediodía, ya la pase por las riberas del Mediterráneo bajo las palmas y los olivos, ya en los edenes que bordan las orillas del Guadalquivir y del Segura, no bendiga la poesía propia del crepúsculo último de nuestro año, y no se conforme, si joven y robusto, con aguardar la vejez tranquilo, y si viejo, con prepararse por medio de la virtud y de la fe á una muerte dulce. Mas los higienistas y los agricultores argúyenme á una, recordándome que las tardes tan bien gozadas y tan encarecidas largamente por mí, dañan á la salud pública y á la nacional agricultura, ora encendiendo viruelas y otras erupciones en la sangre humana, ora yermando las campiñas con su esterilizadora sequía. Tales reflexiones me retrotraen un poco de mi admiración al punto de tentarme á meterme donde no me llaman, en una polémica, derrochadora de sales á cahíces, entre Campoamor y Valera, mis eximios compañeros y amigos, respecto de la inutilidad sublime del arte, á la que pudieran añadir una diversión por las alturas estéticas para ver y considerar cuán dañosa en algunas ocasiones, en esta del otoño bello, aparece la preciada y divina hermosura.

II

Pero vamos cayendo en tristeza, y no conviene ayudar la irritación externa producida por la sequía con irritaciones internas. Demos á olvido las calamidades públicas y privadas: el choque horroroso en los ferrocarriles de Inglaterra, que ha machucado entre dos trenes tantos cuerpos llenos de salud y vida; los naufragios recientes en aguas americanas y españolas, cuyos horrores nos han privado en tres minutos de trescientos contemporáneos; los incendios en este lado y las inundaciones en aquel otro; tantas plagas como azotan á nuestra mísera estirpe, siempre tendida con sus alas de ángel sobre los estercoleros de Job, y convirtamos nuestras miradas intelectuales á los triunfos del progreso y á los milagros del saber. Koch resucita los muertos contrastando la tisis. El estudio de lo infinitamente pequeño, el microbio, en su laboratorio alquímico, sírvele á prosperar lo infinitamente grande, la humanidad. La ciencia sabe con su telescopio llegar hasta las profundidades cerúleas, donde bogan soles como la estrella Sirio y constelaciones como las blanquecinas pléyades; y también sabe sorprender con su microscopio la molécula imperceptible, formada en los límites del no ser, con radiantes átomos, diluviados por lo infinito, y puestos en los cuerpos al soplo de una química y al brazo de una geometría misteriosas. Pues bien: como del telescopio escudriñador y del espectro solar, mediadores entre los astrónomos y el espacio infinito, hemos sacado la divina unidad providencial del Universo, ahora sacamos del microscopio, que reconcentra nuestra vista sobre polvillos tenues, á la visión humana y á la gravedad universal huídos casi, remedios como los de Pasteur para la rabia, como los de Ferrant para el cólera, como los de Koch para la tisis. Creamos, pues, en los Evangelios de la ciencia y en los milagros de la razón. Añadamos un capítulo más á la *Biblia* del progreso y una estrofa más al *Te-Deum* de la libertad.

III

En cambio, la crónica diaria nos presenta hoy otras facetas de la ciencia humana, que no la favorecen como el invento de Koch. Refiérome á las expediciones del explorador Stanley, cuya gloria manchan crímenes de suma gravedad, sobre los cuales, aunque muy divulgados por la prensa ya, no se detuviera, no, hasta los días últimos la opinión universal. Un hombre de las hazañas y del temple de los descubridores tendrá siempre más voluntad que razón y conciencia. En él habrá de concentrarse por leyes indeclinables la fuerza, pero separada y dividida completamente de la virtud, aunque aparezcan en su etimología sinónimos estos dos vocablos. Por eso merece tanto respeto y tiene tanto derecho á religioso culto el misionero, arrojado entre los feroces salvajes, sin más preservativo contra las crueldades bárbaras que un devocionario y sin más arma de ataque y defensa que una cruz. No así el explorador Stanley, fuerte, muy fuerte, pero sólo fuerte. Y esta fuerza de su cuerpo y de su ánimo ha pasado por la Cafrería y por la Nigricia, del Congo á las fuentes del Nilo y de las fuentes del Nilo á las bocas del Zambeze como un ciclón. Algunos de sus tenientes, pensión común á todos los inferiores y discípulos respecto de sus guías y maestros, han exagerado las nativas crueldades propias de un conquistador, que marcha, envuelto en miasmas de muerte y amenazas de exterminio, entre dobles asechanzas de los elementos implacables y de los salvajes antropófagos. Así Bartellott, que descalvaba los indios con su cuchillo de monte y mordía como can hidrófobo á las indias en su furor hasta matarlas. Así Jameson, otro compañero suyo, el cual se procuró un festín de caníbales, ni más ni menos que pudiera procurarse una butaca de teatro. Dirigiéndose á Tip, el famoso infame, como diría nuestro Lope, mercader de negros, preguntóle cuánto le costaría una joven comprada en los bosques para comida por los antropófagos. Pues media docena de pañuelos, respondió el tigre. Y dados estos percales, trajeron una muchacha de veinte años, que se resistía con esfuerzos y gritos horrorosos á la muerte; atáronla con cuerdas á un árbol; partiéronle como á una res cualquiera el corazón de honda cuchillada; la descuartizaron, y después de lavar sus miembros aún palpitantes en los arroyos y asarlos en las hogueras, comiéronsela entre aullidos feroces; mientras el explorador muy tranquilo, sentado sobre la sillita de mano, con su cartera de croquis en los muslos y su lápiz de dibujante en los dedos, copiaba sin pestañear ni demudarse todos aquellos horrores provocados á su insana curiosidad.

IV

Imaginaos la emoción despertada por todos estos relatos en la pudibunda y cristiana Inglaterra. El pueblo más mercantil, y por ende más utilitario y positivo de nuestro planeta; el que tiene por criterio científico la experiencia y por campo de actividad la naturaleza; entidad esencialmente práctica, tanto en sus instituciones como en su filosofía; generador del moderno materialismo, que ha dado con sus geólogos y con sus naturalistas y con todos sus pensadores la idea de la universal evolución; ese pueblo de naves y factorías resulta el más fecundo en sectas religiosas y de más apego á lo sobrenatural, embargadas todas sus potencias en el problema, siempre planteado y nunca resuelto, de los grandes misterios y de las sublimes aspiraciones. París, ciudad indudablemente de menos espíritu religioso que Londres, consagra un lugar al culto por cada diez y siete mil habitantes, mientras Londres tiene un lugar de culto consagrado por cada dos mil. No hay espectáculo tan curioso en la tierra como el espectáculo de un domingo londonense. Las puertas de los almacenes se cierran; el reparto de los correos se suspende; la circulación de coches particulares se amengua; las familias se recluyen dentro de sus casas ó van á los oficios divinos con recogimiento verdadero; la *Biblia* se abre y se cierra el piano casi por sí mismos; las calles del comercio caen todas en profundo silencio como si estuvieran inhabitadas; y con tal reposo, con tal suspensión del trabajo y del cambio, indispensables á semejante sociedad, como la sangre á nuestro cuerpo, reanímase la conciencia de aquella metrópoli universal con llamaradas parecidas á las lenguas del Espíritu Santo; y aquí, entre las tumbas sacras y las estatuas funerales de Westminster, suenan melodías, que creeríais exhaladas de seres sobrenaturales invisibles y perdidas cual mudas plegarias en las líneas de los arcos y en los rosetones de las ojivas; allí, los adscritos á la liturgia episcopal ostentan bajo romanas bóvedas, trasunto de San Pedro, todo el aparatoso lujo de una ritualidad, muy parecida de suyo al conjunto de nuestros ritos; en tal desnuda sala el Verbo divino en sermones místicos se manifiesta y encarna, penetrando hasta el seno de las conciencias libres, que sólo admiten las revelaciones de la palabra y el culto abstracto del espíritu; en tal otra oficina, un magnetizador, un epiléptico, medio demente, por cuyos labios asoman espumas de hiel y cuyo pecho exhala gemidos de muerte, agorea lo porvenir, entre salmos y aleluyas de un auditorio trémulo, como si cada idea descargase una eléctrica corriente por sus nervios; en un circo los saltimbanquis profieren fórmulas sibilinas, como aquellas con que los fascinadores orientales amansan las serpientes; en bodegas todavía ocupadas por barriles llenos y más húmedas y más siniestras que las antiguas catacumbas, un espiritista evoca el numen de Platón todavía errante, bajo los árboles del jardín de Academo y las postreras palabras dichas por Cristo sobre las sublimes cimas del Calvario; en este inmenso tabernáculo, jóvenes de ambos sexos, vestidos con las blancas túnicas de los antiguos catecúmenos y que tomaríais por mártires del primitivo Cristianismo, según su actitud recogida, sumérgense á una en las aguas lustrales, arrodíllanse para tomar la comunión cristiana, y cambian besos purísimos, dictados por la castidad más severa y llenos del amor más ideal; entre las cuatro paredes de un desolado templo, creyentes extáticos aguardan la visita del Paracleto y sienten su soplo creador, como que avivara y encendiera los astros, derramarse por sus venas y animarlas con sobrenaturales virtudes; mientras á la entrada de todas las calles principales, en los sitios más públicos, en las encrucijadas más concurridas, predicadores al aire libre, apóstoles improvisados, taumaturgos á veces de taberna, propagan toda clase de dogmas con tal entusiasmo y tanta exaltación, que creeríais á Londres, la capital del Dock, del Banco, del Crédito, del Comercio, una Jerusalén ó Alejandría sentada en las orillas del Nilo y del Cedrón, y no á las orillas del Támesis, engendrando bajo las palmas del desierto y bajo los terebintos del Profeta nuevos dogmas para la humanidad poseída de amor inextinguible á las antiguas teogonías. En todos estos lugares de varia devoción, hace un año á lo sumo se cantaron loas á Stanley por traer almas á las ideas cristianas y parroquianos á las fábricas textiles; y ahora se le fulminan maldiciones por haber manchado sus descubrimientos con el robo y el asesinato. Tienen que leer las publicaciones puritanas de Londres á este respecto particular; os las recomiendo.

V

Hablemos de literatura. Dos genios, muy discutidos ambos entre las sendas escuelas literarias, genio de la novela el uno y de la dramática el otro, Zola y Echegaray, aparejan creaciones nuevas para sus dos numerosos públicos. El Sr. Echegaray se propone atacar en su reciente obra el optimismo de ahora, como atacó Voltaire el antiguo de Leibnstz en su romance folleto denominado *Cándido*, y el buen Zola se propone presentarnos la contemporánea fuerza del dinero en esta sociedad. Gusto yo de verme sorprendido en el teatro por la novedad é interés del argumento, y resuelto á presenciar la representación primera del drama, no he querido pedir á su autor ni la más mínima noticia respecto de su materia dramática y menos de la tesis moral. Cuanto digo lo cogí de oídas. La cuestión del optimismo entra en la serie de lo que podríamos llamar cuestiones batallonas. Y si en el pensar y en el creer conviene cierta desconfianza cartesiana para el estudio y allegamiento de la verdad, conviene cierto género de optimismo al proceder de la vida, porque no hay acción buena posible



Fig. 1. Los somalís en el Jardín de Aclimatación de París. (De una fotografía instantánea.)

sin los impulsos de la esperanza, ni esperanza posible sin la seguridad completa de su logro. La nota pesimista entra en las espirales tan luminosas y concéntricas del progreso moderno, como el pecado en la inocencia y como el error en la fe, burlándose de todos los esfuerzos y aun poniendo en ridículo todos los heroísmos y todos los martirios. De seguro el señor Echegaray, progresista, como yo, por su creencia viva en la universal ascensión de los seres todos á los grandes ideales, habrá reducido su obra, huyendo de cierta idealidad, incompatible con las reducidas realidades del teatro, á un episodio de las costumbres corrientes; pero, con eso y con todo, conviene hallarse apercibido y alerta para no conducir los ánimos á ciertas desconfianzas de la virtud que traen aparejadas necesariamente ciertos desmayos de la voluntad, por los cuales puede apoderarse de los individuos el mal, como se apodera de los pueblos la reacción cuando no sienten los ideales del progreso y no esperan en su seguro triunfo. Del propósito de Zola no quiero hablar. Medianísimo filósofo y poco moralista, bien al revés de nuestro insigne poeta, propónese tan sólo coger los peores tipos de cada pueblo y hogar en esas máquinas de fotografía hoy usuales que retratan eléctricamente al minuto. Zola profesa una filosofía del arte humano en disonancia, no sólo con toda filosofía racional, con toda filosofía posible. Juzga por las excepciones al género humano, error equivalente al que cometería quien juzgase de la vida por una sección de los diarios como la consagrada generalmente á las causas célebres. El aborto á que ha contribuído un alcalde como el de Tolón; el escribano que han asesinado en los aduares de París y puéstolo dentro de una maleta; la mujer descuartizada que apareció anoche junto al ferrocarril del Mediodía, interesan más que la virtud oculta y doméstica, la recatada limosna, la dulce abnegación por los seres queridos, el trabajo eterno á la luz de un candil y consagrado al sustento de los huérfanos, la triste asistencia de un moribundo, la oración á los pies de un muerto; pues tiene mucho pudor la virtud.

VI

Así, embarga la general atención y despierta el más vivo interés una tragedia que acaba de pasar ahora en la familia imperial austriaca, tan probada por esta suerte de trágicas desgracias. No hablamos del castigo dado al emperador de Méjico; no hablamos de la demencia contraída por la emperatriz Carlota; no hablamos del suicidio de Rodolfo, tan espantoso; no hablamos de la muerte del rey Luis en Baviera, quien ha pasado á novelas y leyendas como Edipo y Hámlet en breve tiempo; nos referimos al infeliz Juan Orth, muerto por el cabo de Hornos entre los horrores de un casi voluntario naufragio. Cuando tropezáis en vuestra vida una vez no más con el eminente Charcot, os entran tentaciones invencibles de referirlo todo en este mundo á desarreglos nerviosos, á la enfermedad conocida bajo el nombre de neurosis, enfermedad transmisible con suma facilidad por la herencia. Los ojos profundísimos del maestro, que parecen iluminados para escudriñar las escondidas honduras del alma, os fascinan por los chispazos eléctricos de sus miradas indagadoras, y la palabra muy dulce os embarga por la sencillez helena con que os aclara y os expone los fenómenos más extraños de las enfermedades nerviosas. Cuando habéis pasado, como yo, algunos días junto á él, examinando los estudios hechos con prolijidad sobre los pintores de mayor fama y renombre acerca de los efectos nerviosos contenidos en el arrobamiento extático y en la endemoniadura corriente, si añadís un paseo por su clínica y unos ensayos de hipnotismo hechos por sus manipulaciones, llegáis á comprender con cuál facilidad se desbarata cosa tan tenue como la red misteriosísima de vuestros nervios, y á temer que cada exaltación de vuestro espíritu y cada vehemencia de vuestros afectos acuse irremediable locura. El archiduque recién muerto, perteneciente á la célebre austriaca dinastía de Toscana, en quien se unían términos tan opuestos como el ejercicio de los privilegios anejos al poder absoluto con la propensión invencible al progreso humano, déspotas y reformadores, dejó el servicio militar en su imperio por invencibles repugnancias al pacto de Viena con Berlín á que se adhirieron sus enemigos los Saboyas y al armamento



Fig. 2. Farrach Adén, joven somalí de 26 años (De una fotografía.)

extraordinario en períodos de paz. Por haber expresado vivamente al emperador sus deseos, dejó la corte, y con la corte las grandezas consiguientes á la presencia en ella de un príncipe, y con tales grandezas muchos privilegios y muchos provechos, para irse á la ventura, en vapor propio, por mares inmensos, por costas lejanas, por las aguas del Plata, por los senos y tortuosidades del estrecho de Magallanes, por los archipiélagos donde se juntan el Atlántico y el Pacífico, suicidándose quizás, bajo la cruz del Sur, entre los dos grandes Océanos; con lo cual pudo anticiparse la vista material de los abismos insondables de la eternidad, donde se hundía juntamente con la joven preferida y predilecta de su corazón; acto en que unió los dos elementos más apartados en apariencia y más próximos en realidad, como las electricidades opuestas, el amor y la muerte. Juan Orth ha desaparecido por manera tal, que no ha quedado ni en uno ni en otro mar huella de su persona y de la mujer que lo acompañaba, por lo que hay quien los imagina desembarcados en algún islote desierto, para ellos tan hermoso como los jardines de Armidas, bajo luna de miel perpetua, entregados por mutua y correspondida pasión á un placer sin límites. Lo cierto es que los telegramas últimos, aunque nada concretan, afirman que no les ha perdido su familia la pista.

VII

Hablemos de otro viaje menos romántico, pero más trascendente á los intereses de la humanidad. Refiérome al viaje ahora emprendido por príncipe tan importante de suyo como el heredero de la corona de Rusia. Todo en esta peregrinación al revés de la peregrinación anterior. La medida, la corrección, la reserva, el respeto, el ceremonial severo, el culto á la vida sustituyen aquí al desorden y al suicidio. Llamado á reinar este continuador de un poder como el representado por los emperadores moscovitas, deberá conocer el planeta, y deberá, tras este conocimiento, unirse con la mujer que le designen sus padres para prolongar la dinastía y apercibirse á la posesión de una diadema imperial, tan ciclópea que parece corona forjada por los Titanes del Cáucaso para un dios fabuloso. Este viaje que ha empezado el heredero, al salir de su propio imperio, por el imperio austriaco, tiene por principal objeto el imperio indio. Con uno y otro de los sendos imperios el czar esclavón tiene de antiguo empeñado un litigio, porque desea, en sus ensueños, el Bósforo y el Ganges. Lord Salisbury, sin embargo, ha dicho que la presencia del príncipe allá en Calcuta, como ha dicho el canciller Kalnoky que su presencia también aquí en Viena, significan la paz. ¡Qué impresiones recibirá la tierna y dulce alma de un príncipe joven al ver el imperio indio! El desierto de los semitas, donde las figuras se destacan de bulto y de relieve, truécase allí en increíble aglomeración de seres, donde las figuras humanas enlazan sus pies con los animales, su frente con los dioses, y pasan, á manera de sombras, bajo las ramas y las flores de una vegetación sin ejemplo, entre las faunas de una especie sin número, cargados los aires de animación fulgurante y

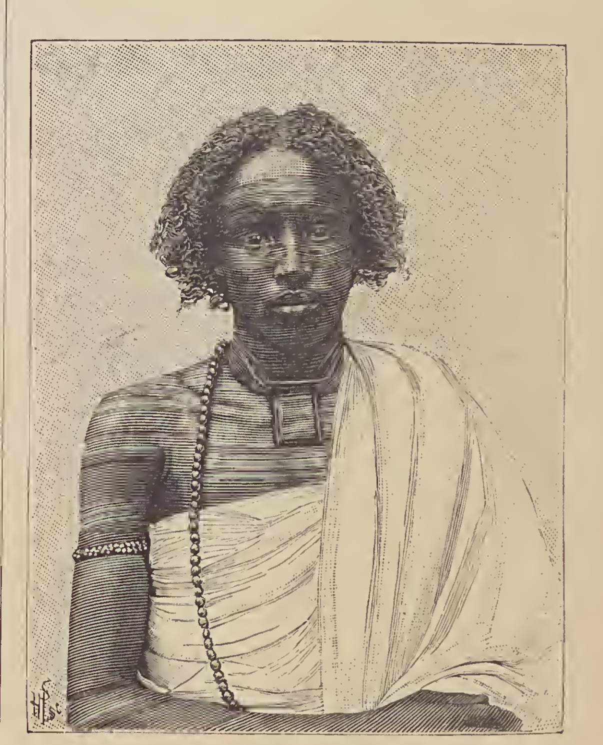


Fig. 3. Egge Cherbaache, joven somalí de 21 años (De una fotografía.)

vívida, los espacios henchidos de genios que alcanzan todas las encarnaciones imaginables y revisten todas las formas posibles, sumergido el universo en una divinidad inmensa é indeterminada, que lo empapa y lo compenetra, cual empapa y compenetra el

agua la esponja. Allá en el Norte separa la India de sus estepas asiáticas el inaccesible monte Himalaya, que parece ocultar su cabeza, coronada de nieves perpetuas, en el éter, componiendo parte de los cielos; por Oriente corre aquel Ganges, llevando tanto polen y flor y hojas y raíces y substancias, que parece producir como la gelatinosa primera materia destinada en los arcanos de la naturaleza material á levadura de la vida; fluye por las tierras occidentales el Indo, que da su nombre á todo el territorio; y por las lindes hacia el Mediodía hierve un mar eléctrico, que azotan tempestades continuas y ciclones horribles. Todo aquí es variedad, y en esta variedad todo color y matices de color. Montañas y cordilleras por un lado fluyendo ríos parecidos á mares; por otro lado estepas sembradas de tales plantas, que las creeríais alfombra tejida por hilos múltiples y bordada con corolas de toques metálicos; sobre lagunas de verde obscuro, pobladas por peces múltiples, juncales de rojo subido, habitados por aves zancudas, vestidas con plumaje semejante por su brillantez, por su color, á rica sedería; dentro de selvas espesísimas, lianas y enredaderas, que cierran el paso con sus cortinas de hojas, agarradas á gruesas seculares ramas; y en el cielo esta misma variedad: nubes á veces negras, como el humo de nuestras fábricas, y á veces amarillas, como el ámbar, las cuales llueven granizos semejantes á granos del topacio y del rubí, tiñendo todas aquellas viciosas campiñas, donde pululan y gritan tantos seres en discorde coro, de iris y matices fantásticos. No buscará paraíso ninguno en el mundo ya quien vea una sola vez los valles de Cachemira, donde brotan todas las flores y maduran todos los frutos; ni desierto desolado y estéril quien haya recorrido aquellas soledades envueltas por el silencio y la tristeza como por un paño funerario. El clima de las nieves perpetuas está en las cumbres del Himalaya, y en sus raíces el clima de los trópicos. Así, todo es allí discorde y todo armoniosísimo. El viejo mundo no tiene ríos como los caudales del Ganges, arrastrando islas en formación, coronadas por cocoteros. Ni en el Amazonas ni en el Paraguay se ven selvas y bosques como aquellos índicos, donde gritan el pavo real y el papagayo, salta el mono, vuela el pájaro mosca y se pasea con majestad el elefante. Conoce la vida, en verdad, quien siente subir por sus venas aquella savia exuberantísima, y arder en sus pulmones aquel aire tempestuoso, y derramarse por su sér aquella intensidad de calor, generado por aquella luz, la cual parece hoy mismo producir á diario en los espacios encendidos y abrasados el milagro increíble de la creación divina, manifestado en aquel enjambre de seres y en aquel hervidero de vida. Pues bien: por esta vida, el czar sembrará, tarde ó temprano, desde los desiertos mongólicos, la discordia y la muerte. Dejemos hablar al tiempo.

EMILIO CASTELAR



Fig. 4. Mujer somalí con su hijo pasando por delante de los visitantes del Jardín de Aclimatación. (De una fotografía instantánea.)

LOS SOMALÍS (1)

EN EL JARDÍN DE ACLIMATACIÓN DE PARÍS.

Hace poco, los parisienses pudieron admirar en el Jardín de Aclimatación una curiosa exhibición etnográfica: una caravana compuesta de 26 somalís, hombres, mujeres y niños. Gracias á la amabilidad de M. G. Saint-Hilaire pudimos examinar de cerca y detenidamente esos ejemplares de una raza humana que no hay muchas ocasiones de estudiar. La descripción que á continuación hacemos de ellos está redactada según el plan invariable que nos hemos trazado para nuestras descripciones etnográficas.

EL PAÍS. – Todos los somalís del Jardín de Aclimatación de París proceden de esa parte de la costa africana situada exactamente debajo de Adén y pertenecen á las tribus de Habr-Auel, Habr-Junis, Habr-Gerhadjis, Habr-Toldjaleh, Dolbohanta, etc.; pero los somalís, en general, ocupan un territorio mucho más vasto, puesto que se hallan diseminados en toda la punta Nordeste del continente africano que limitan el golfo de Adén por un lado y el Océano Indico por otro.

Por la parte Norte llegan hasta Abisinia y por el Sud se extienden hasta el territorio del sultán de Zanzíbar; hacia el Oeste los límites se presentan indecisos, porque por este lado el país es poco conocido.

La región habitada por los somalís de que nos ocupamos, puede dividirse en tres partes: primera, el litoral, en donde se encuentran algunas grandes aldeas, á las que se da el nombre de ciudades; segunda, una larga cordillera de montañas calizas, que se extienden á lo largo de la primera zona; tercera, la meseta interior coronada de altas montañas, en donde viven los nómadas.

El país, en general, es pobre en aguas.

Actualmente los territorios somalís están bajo el protectorado de Inglaterra, que tiene algunos puertos en las principales aldeas de la costa.



Fig. 5. Omar Yussuf, joven somalí de 20 años (De una fotografía.)



Fig. 6. Samawota Duali, muchacha somalí de 20 años (De una fotografía.)

EL HOMBRE. – Los habitantes de la región Somal se dan á sí mismos el nombre de somalís que algunos autores, por razones filológicas muy discutibles, quieren escribir Çomalís. Refieren los somalís que son oriundos de la Arabia, y entre ellos hay dos tipos muy diferentes que habían sido ya observados entre los antiguos egipcios: el primero se parece al de las poblaciones llamadas Kuchitas, al paso que el otro, sin ser verdaderamente negro, pertenece al tipo más ó menos negroide. Este doble origen de las poblaciones somalís explica las variaciones en el color de la piel que pudieron observarse en los individuos del Jardín de Aclimatación y que varía desde el chocolate claro hasta el negro bastante pronunciado.

El segundo de estos tipos se caracteriza por una frente lisa, redondeada y oblicua, por las ventanas nasales gruesas y dilatadas, por el espesor de los labios y por la inclinación de la barba: estos caracteres tienden á aproximar este tipo al de los negros, del que se separa, en cambio, el conjunto de la fisonomía. El primer tipo tiene la frente alta y recta, la mandíbula superior poco proñata y la nariz algo arqueada y fina: sus pómulos son poco visibles y sus labios tienen un espesor regular. El perfil de este tipo tiene mucha semejanza con el de los bedjahs de Nubia.

Las mujeres padecen á menudo de esteatopigia.

ALIMENTACIÓN. – La alimentación de los habitantes de la costa se compone principalmente de arroz, dátiles y mutama; los nómadas se alimentan generalmente de lacticinios y de reses, y cuando han de hacer largos viajes llevan consigo y metidos en calabazas pedazos de carnero asados y empapados en manteca derretida. La carne de gacela forma parte de sus comidas, pero no la de ave. Los somalís del Jardín de Aclimatación querían matar por sí mismos los carneros que habían de comerse. Son, por regla general, muy glotones y beben leche y agua, pero nunca bebidas alcohólicas. Los nómadas encienden fuego frotando dos pedazos de madera. Sus utensilios de cocina son muy groseros y consisten en vasijas de tierra negra sin ningún adorno; sus platos y cucharas son de madera.

VIVIENDAS. – Las habitaciones de los somalís consisten en *gurgis* hechos con esteras y pieles y son transportables. En las costas hay cabañas más espaciosas, cuadradas y compuestas de varias piezas, cuyo mueblaje se reduce á un taburete de madera ó una cama de montantes que sostienen un armazón de cuerdas.

TRAJE. – El traje de los dos sexos es muy poco complicado, puesto que hombres y mujeres se envuelven en una pieza de tela que las mujeres se sujetan sobre el hombro izquierdo, dejando á veces un pecho al descubierto y ciñéndose un cinturón que hace que la parte inferior aparezca como una falda. El calzado consiste en una especie de sandalia.

Los nómadas usan un traje igual al anteriormente descrito, pero de piel, y llevan al cuello un saquito de cuero y dentro de él una plegaria del Alcorán. Las mujeres gastan como adornos pendientes, collares y brazaletes en los codos y en las muñecas y encierran su cabellera en una especie de cofia. Los niños llevan la cabeza en parte afeitada, á excepción de dos tiras de cabello que se cortan en ángulo recto en la coronilla. El somalí cuida mucho de su cabellera, y cuanto más larga y rojiza es ésta más orgulloso de ella se muestra su dueño. El color rojo del cabello se obtiene por medio del agua de cal.

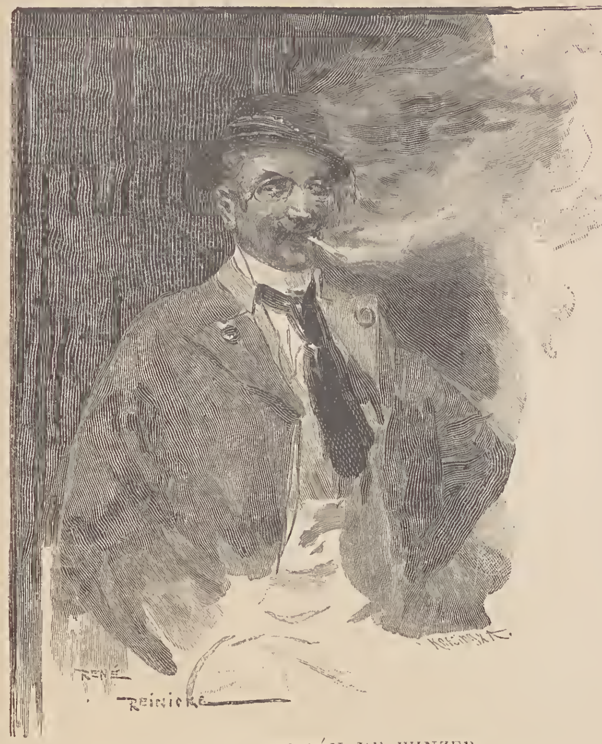
Sus armas son: el pequeño escudo redondo de piel de antílope, la clava y las dos lanzas, que arrojan á lo lejos con gran fuerza.

Los nómadas usan, además, una honda y un arco, con el que disparan flechas envenenadas. Los somalís de la costa poseen algunos fusiles.

AGRICULTURA. – El cultivo no existe entre los somalís, debido esto, según M. Revoil, tanto á la pereza encarnada en los indígenas, como á la naturaleza del suelo, que carece de tierra vegetal.

CARACTERES MORALES. – Los indígenas, sobre todo los de la costa, son muy hospitalarios. El robo y el bandolerismo, ejercidos con audacia, tienen algo de

(1) Según las observaciones del autor y las obras siguientes: *La vallée du Darro* y *Voyages chez les Benadirs, les Comalis et les Bayouns*, de Jorge Revoil; *Quelques observations sur l'anthropologie des Comalis. Bull. Soc. anthrop. de Paris*, de Hamy; *Les Somalis*, de Fulbert-Dumonteil; *A sketch of the modern languages of Afrika*, de Cust; *Anthropologie der Naturvolker*, de Waitz; *Volkerkunde*, de Ratzel; Mapas etnográficos de las obras de Cust y Waitz y del atlas de Berghaus, Mapa de Africa de Habenicht.



LA RESURRECCIÓN DE WINZER

...animado todo esto por una fisonomía risueña y maliciosa.

meritorio para los somalís. Estos se estrechan las manos en señal de amistad y abusan del juramento, aunque sin darle gran importancia, á menos que se trate de *vendetta*, pues en este caso el que lo presta sabe cumplirlo.

Los somalís no poseen instrumentos de música y en sus danzas se acompañan con la voz y las manos.

El islamismo es la única religión de los somalís: aunque poco supersticiosos, circulan entre ellos multitud de leyendas, entre ellas la de la serpiente que persigue á los ladrones hasta que abandonan los objetos robados.

INSTITUCIONES SOCIALES. – Los jóvenes somalís no pueden casarse antes de la edad de 15 años; sólo los ricos tienen muchas mujeres, de las cuales únicamente una puede vivir bajo el mismo techo que el esposo. Las ceremonias del matrimonio son muy sencillas y el divorcio es muy frecuente, recobrando por él la mujer su completa libertad de acción.

Las mujeres no llevan velo como las árabes. Los muertos son enterrados según el rito musulmán: cosido el cuerpo en una mortaja de piel ó de tela, es conducido al templo, en donde se rezan las oraciones de costumbre, y luego sepultado en tierra.

Desde el punto de vista social, los somalís se dividen en tres clases: la de los ricos propietarios, la de los beduínos y la de los midganes. Los esclavos son en escaso número.

Tal es, á grandes rasgos, la descripción de ese pueblo somalí que habita en un país sumamente feo y desolado hasta el punto de que Mr. Revoil lo caracteriza diciendo que «el único campo que allí se cultiva es el camposanto (1).»

PRÍNCIPE ROLANDO BONAPARTE.

(De *La Nature*)

LA RESURRECCION DE WINZER

Winzer tenía muchos puntos de semejanza con Napoleón I, y si su frivolidad y su falta de genio se lo hubieran permitido daría que hablar á la historia.

Como el vencedor de Marengo, Winzer se creía con derecho á encadenar á la fortuna, plegándola á sus aspiraciones.

Como éstas eran modestas, supuesto que se reducían á tener siempre colocación en su carrera de comerciante, y como casi sin interrupción fué dependiente de mostrador, de contabilidad ó viajante comercial, durante mucho tiempo no tuvo de qué quejarse, y dejó correr su existencia entre los placeres propios de la juventud, sin cuidarse poco ni mucho del porvenir.

(1) Reproducimos con este artículo dos fotografías instantáneas que M. Mauricio Busquet ha sacado expresamente para *La Nature* (figs. 1 y 4) y cuatro (figs. 2, 3, 5 y 6) que el príncipe Rolando Bonaparte destina á su hermosa colección antropológica y para cuya reproducción nos ha autorizado. A las noticias transcritas sólo añadiremos que los somalís del Jardín de Aclimatación llevaron consigo algunos meharis ó camellos corredores y pequeños caballos de carrera de su país cuyos ejercicios constituyen un espectáculo interesante. – G. T.

Cuando por rara casualidad se quedaba cesante, se decía con petulancia:

«¡Bah! Ya encontraré.»

Y con efecto, en seguida encontraba.

Y era de ver al buen Winzer, sobre todo cuando estaba en Viena, pasearse satisfecho por el *Prater*, con su sombrero semi-calabrés, sus cuellos semi-ingleses, su corbata semi-francesa y su casaca de solapas semi-berlinesa, animado todo esto por una fisonomía risueña y un tanto socarrona.

Pero á Winzer le llegó también su Waterloo.

Un día obtuvo un empleo de cajero en una línea férrea austriaca, que debía atravesar las más pintorescas comarcas alpinas, y el sueldo era más que mediano. En este destino Winzer pasó los últimos años que precedieron á la gran bancarrota de la empresa ferrocarrilera, comiendo bien, bebiendo mejor, trabajando poco, distrayéndose mucho, verificando deliciosas excursiones en traje de turista de los Alpes, que le sentaba á las mil maravillas, y cazando de vez en cuando los gansos, que en gran número poblaban aquellos montes. En suma, una vida deliciosa, como la de Napoleón I cuando vencía y dominaba en todas partes.

Pero así que se explotó la línea férrea en toda su extensión, todos los dependientes tuvieron más horas de trabajo, lo cual contrariaba á Winzer, acostumbrado al mucho asueto; y después de algunas reflexiones, se dijo:

«Nada, nada; yo no soy un negro del Congo y renuncio á tal esclavitud. Ya encontraré otra cosa.»

Y con efecto, renunció.

Como tenía algunos ahorrillos se divirtió en grande una temporadita en Viena. El mismo día de su llegada á la capital de Austria ocurrió el terrible desastre financiero que causó la ruina de la empresa ferrocarilera y de otras á ella enlazadas, y con esta ruina sobrevinieron el pánico, la desesperación, los suicidios, y en fin, toda clase de calamidades consiguientes.

Winzer, aunque no tenía mal corazón, se frotaba las manos satisfecho, diciendo:

«No ha sido poca suerte para mí que la quiebra me haya cogido fuera de mi antiguo empleo. ¡Bonito estaría yo á estas horas!»

¡Pobre Winzer! Ignoraba que aquella catástrofe material había de repercutir en él moralmente.

Como ya se ha dicho, sólo pensó en divertirse, y como no había descubierto la piedra filosofal, consumió sus economías y se halló en el caso de buscar un nuevo destino.

Como Napoleón I derramaba sus soldados por España y por Rusia, del mismo modo Winzer despilfarró sus florines en la alegre capital de Austria, confiado en su buena estrella, como el vencedor de Jena.

Todas las empresas constructoras de ferrocarriles habían pasado á mejor vida; pero Winzer supuso que, apto como era para todo, le sería fácil colocarse en algún otro ramo industrial. Informóse, y en efecto supo que había plazas vacantes en varias casas de comercio, y fué á solicitarlas personalmente, previo un minucioso tocado; pues Winzer profesaba la máxima de que si bien el hábito no hace el monje, un buen porte no deja de ser muchas veces una excelente recomendación.

– Venía en solicitud de la plaza de...

– Lo siento, pero hace tiempo que está provista.

– ¿Podré esperar más adelante?

– Amigo mío, si quiere esperar, espere por lo menos un par de años. Ignora V. el número de jóvenes y viejos y hasta niños á quienes esos desastres han dejado en la miseria.

Tal fué el diálogo que con él sostuvieron cuantos escucharon su demanda.

El desairado pretendiente regresaba pensativo y melancólico á la casa en donde se hospedaba. No se desanimó sin embargo por estos primeros fracasos, como á Napoleón tampoco le impresionó en un principio la pasiva resistencia de España. Prosiguió Winzer sus pesquisas; mas todo fué en vano.

En medio de sus tribulaciones tuvo un consuelo: unos ojos garzos cariñosos é intencionados, una tez blanca como la de una tirolesa y suave como la de una andaluza, una boquita que estaba diciendo «comedme,» y otras cosas más, todas anexas á una modistilla, llamada Pepita, de quien en sus buenos tiempos se había hecho amigo. Pepilla era la florista más linda de Viena y tenía la particularidad de ser la más elegante; parecía que de sus dedos brotaban florines. Así es que advirtió á Winzer que no se apurase, pues mientras ella pudiera trabajar no le faltaría nada, incluso tabaco para la pipa.

Pero Winzer era orgulloso y no se resignaba al papel de *mantenido*.

Pasábase los días corriendo desalado dondequiera que husmeaba una colocación, escribiendo á medio mundo para ofrecer sus servicios, y devoraba los anuncios de los periódicos por ver si en ellos encontraba el codiciado empleo.

Poco á poco habíase ido desprendiendo de cuanto poseía, y llegó un día en que se encontró como Adán, pero no en el paraíso. Con la patrona estaba en descubierto desde hacía mucho tiempo, y la idea de una despedida por falta de pago le horripilaba.

Aquel año casi siempre hubo en Viena una cuarta de nieve.

La patrona, aunque solía envenenar lentamente á sus huéspedes, no era mala; pero al fin asomó las uñas. Su afabilidad trocóse en desvío. En vez de frases de consuelo y esperanza, Winzer la oía murmurar entre dientes reconvenciones formuladas en estos ó parecidos términos:

«Con más ganas de trabajar y menos pretensiones, otro gallo le cantara. A fe que no hay pocas maneras de ganar honradamente la vida. ¡Pero váyales V. á estos señoritos con estas cosas; propóngales que se dediquen á un oficio humilde, y en seguida le salen á una con su educación y su condición social y su... ¡Valientes!...»

¡Un oficio humilde! Jamás Así pensaba Winzer, ó mejor dicho, el infeliz ya no pensaba nada; la fiebre se había apoderado de él, y sin rumbo fijo vagaba días y noches como alma en pena por la ciudad y sus alrededores.

Perdida la esperanza, enfriados todos sus ardientes anhelos, se hallaba en el estado de Napoleón en la retirada de Rusia. Volvióse intratable, y sintió despertarse en su alma odio implacable hacia los hombres que en su derredor gozaban, hacia la sociedad entera que no se cuidaba de él, hacia la suerte, hacia la vida; en suma, por odiarlo todo, acabó por odiarse á sí mismo.

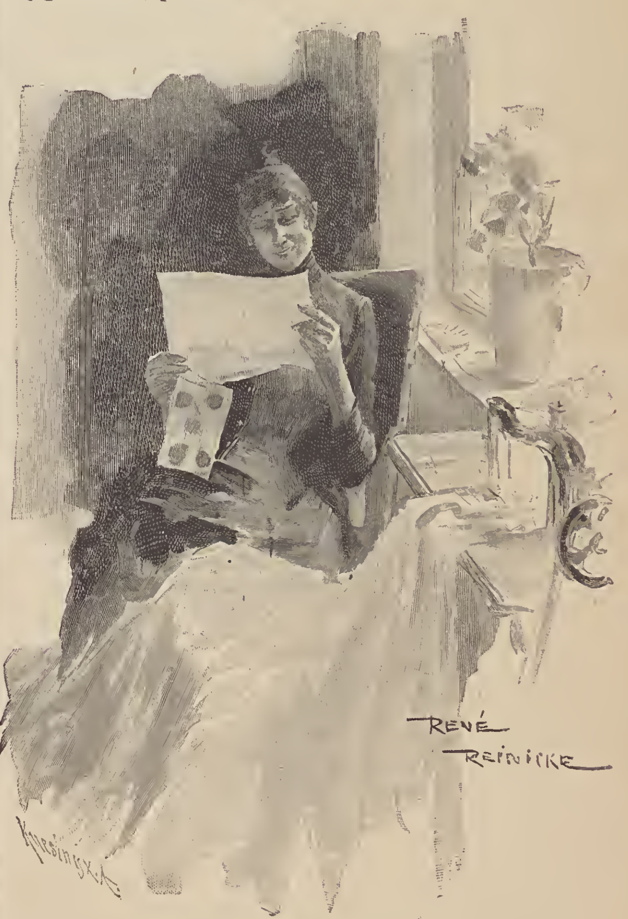
«¡Maldita existencia! ¿De qué me sirve más que de tortura?,» exclamaba en el colmo de la desesperación.

El día tan esperado como temido no tardó en llegar. Despedido por la implacable patrona, Winzer se encontró en la calle, solo, abandonado, sin un céntimo, y decidió acabar con sus desventuras apelando al suicidio.

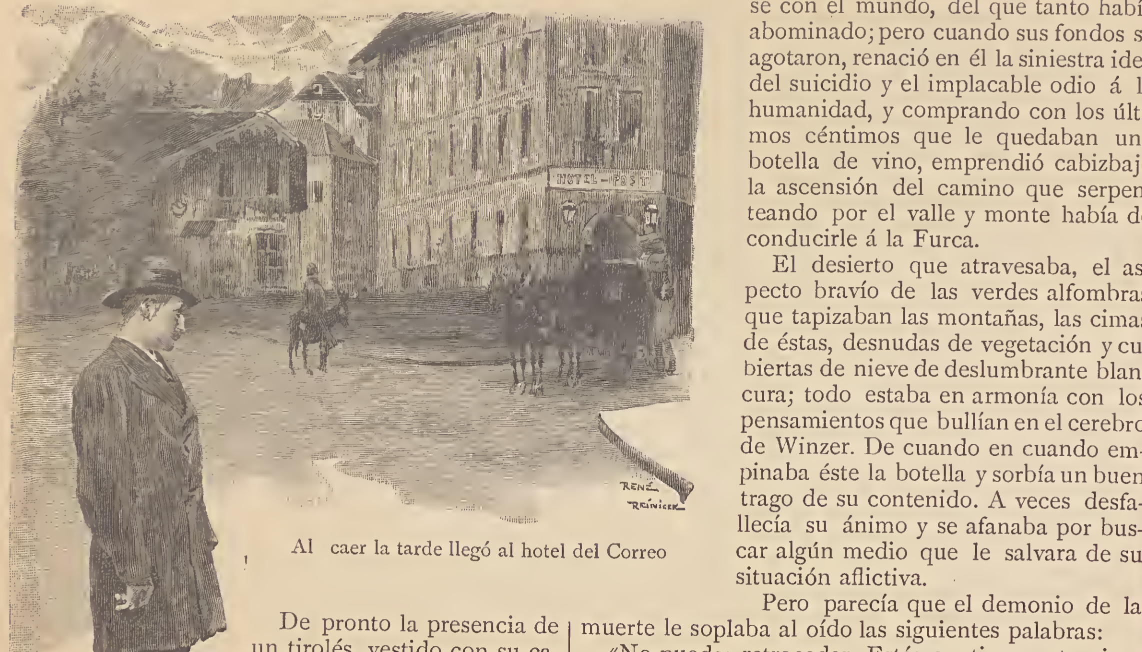
Pero ¿qué muerte escogería?

Aquí estaba la dificultad. Digamos, sin embargo, que la dificultad principal estaba en que Winzer era de temperamento nervioso y tenía un miedo horrible á la muerte. Ahorcarse le repugnaba, levantarse la tapa de los sesos parecíale poco limpio, ahogarse le horrorizaba porque suponía una larga lucha con el líquido elemento; la asfixia por medio del carbón... pero ¿cómo, si ni siquiera disponía de un mal brasero?

¿Qué hacer, pues?



Pepita leyó sonriendo esta misiva.



Al caer la tarde llegó al hotel del Correo

De pronto la presencia de un tirolés, vestido con su característico traje, trajo á su memoria los Alpes y le inspiró una idea que hasta entonces no había cruzado por su mente.

«*¡Eureka!*, exclamó; ya sé cómo he de morir: subiré á un ventisquero, pasaré allí una noche al raso y mi vida se extinguirá lenta y dulcemente como la luz falta de aceite, además de proporcionarme el placer de hacer una excursioncita por los Alpes, y con la ventaja de que al ser recogido mi cadáver la gente me compadecerá y me dará cristiana y honrosa sepultura.»

Pero como para llevar á cabo este proyecto necesitaba una cantidad que no tenía, pensó en Pepita, la modistilla; y en consecuencia, y después de vacilar algún tanto, porque era orgulloso, fundándose en que la carta no tiene empacho, como suele decirse, escribió una á la linda florista.

Recibióla ésta en ocasión en que estaba trabajando. Suspendió el trabajo, la abrió y la leyó.

Decía así:

«Mi siempre cara Pepita: no he ido á verte estos días, no por causa de olvido, pues ¿quién que te ha visto te olvida?, sino porque estaba aburrido y desesperado. Hoy se me aclara el horizonte; he logrado una colocación ventajosa, pero para tomar posesión necesito hacer un viaje: ¿tienes cincuenta florines que prestarme? Te los devolveré (si me lo permites) con réditos dándote tres besos: uno en los labios, otro en el corazón y el tercero en los ojos. Contéstame por el correo interior, pero á la lista, porque estoy poco en casa.»

Ya lo creo; como que Winzer no la tenía.

Pepita leyó esta misiva, y la contestó con estas lacónicas frases:

«Tengo lo que me pides. Mañana te aguardo hasta las siete, hora en que iré á entregar trabajo.»

Excusado será decir que al día siguiente, no bien dieron las diez en el reloj de San Esteban, se presentó en casa de la joven, y aquel mismo día se dirigió á la estación y tomó un billete para Lucerna.

No tuvo que facturar equipaje, y mientras esperaba la salida del tren entregóse á sus melancólicas reflexiones.

Aquellos momentos fueron muy tristes y como secuela de los tristísimos pensamientos que le habían asaltado antes de entrar en la estación; aquel viaje á la muerte no era seguramente un viaje de recreo.

Ya en el andén, redoblóse su pena. Aquella animación le exasperaba. El ruido de la máquina que tomaba vapor le atacaba los nervios. Los mozos arrastraban carretoncillos llenos de baúles ó de periódicos, las familias y amigos se despedían. Unos reían, otros lloraban, otros se besaban. Las mamás tiraban de los niños y los niños de los perros. Aquello era una baraunda.

La actividad se parece á la dicha, y por eso á Winzer le irritaba aquella animación. . . . .

. . . .

Era un hermoso día de verano: el sombrío candidato á la muerte ascendía lentamente por el delicioso valle del Reuss, á cuyo término había de encontrar el colosal ventisquero de la Furca. Digamos de paso y en honor de la verdad, que mientras duraron los florines de Pepita, nuestro hombre, influído por tan buena compañía y por las bellezas del lago de los Cuatro Cantones, sintióse inclinado á reconciliarse con el mundo, del que tanto había abominado; pero cuando sus fondos se agotaron, renació en él la siniestra idea del suicidio y el implacable odio á la humanidad, y comprando con los últimos céntimos que le quedaban una botella de vino, emprendió cabizbajo la ascensión del camino que serpenteando por el valle y monte había de conducirle á la Furca.

El desierto que atravesaba, el aspecto bravío de las verdes alfombras que tapizaban las montañas, las cimas de éstas, desnudas de vegetación y cubiertas de nieve de deslumbrante blancura; todo estaba en armonía con los pensamientos que bullían en el cerebro de Winzer. De cuando en cuando empinaba éste la botella y sorbía un buen trago de su contenido. A veces desfallecía su ánimo y se afanaba por buscar algún medio que le salvara de su situación aflictiva.

Pero parecía que el demonio de la muerte le soplaba al oído las siguientes palabras:

«No puedes retroceder. Estás en tierra extranjera y sin un ochavo; no tienes más recurso que morir de hambre ó mendigar. ¡Sube, sube!»

¡Mendigar! ¡Eso nunca! No había de descender tan bajo.

Y Winzer subía, aunque muy despacio.

Al caer la tarde llegó al hotel del Correo, que se alza al pie del ventisquero; pero para él como si tal fonda no hubiera.

Así fué que resolvió proseguir su camino, pues aunque por un instante tuvo idea de arrojarse á la sima que allí al lado se abría y en cuyo fondo se extendía una espesa sábana de hielo sucio, desechóla al punto. ¿Había de desperdiciar la ocasión que se le presentaba de admirar el ventisquero desde donde se precipitan las primeras aguas del Ródano, y que todos los viajeros y excursionistas consideran como una de las principales maravillas de la privilegiada naturaleza helvética?

No; Winzer era algo poeta, y moriría en lo sublime.

Contempló las caprichosas líneas que describía el río al deslizarse por entre aquellas agrestes montañas hasta desaparecer tras el Monte Rosa; fijó su vista en las vertientes del Finster-Aar-Horn, que cortadas á pico se elevaban á inconmensurable altura, y se convenció de que aquel era el sitio más á propósito para decir adiós á la humanidad. ¿A quién importaría su muerte? Parientes próximos no los tenía; decimos mal, existía un tío suyo anciano, que le odiaba cordialmente por la sola sospecha de que deseaba su muerte ante la esperanza de una herencia, que á la verdad no importaba gran cosa; el tal tío, para hacer rabiar al sobrino, habíase propuesto vivir todavía veinte años y era muy capaz de salirse con la suya. ¡Egoísta!

Sobre la nevada cumbre del Finster-Aar-Horn acumulábanse espesas nubes, y apenas Winzer hubo llegado al ventisquero del Ródano, una violenta ráfaga de viento dió con su cuerpo en tierra; quiso levantarse, mas en vano; el huracán le arrojó contra un muro de hielo, desde donde el infeliz fué á parar, molido y quebrantado, á la boca del ventisquero. Sus miembros empezaron á helarse; sus ojos, no pudiendo resistir por más tiempo la azulada luz que la nevada superficie reflejaba, se cerraron, y una sensación indefinible recorrió todo su cuerpo, anunciándole la proximidad de la muerte tan deseada... Sueños de color de rosa acudieron á su mente, y los recuerdos de los felices días de su infancia y de su primera juventud avivaron por un momento su inteligencia, que ya empezaba á apagarse. A poco, sus ideas fueron haciéndose cada vez más vagas, los objetos movíanse en torno suyo con vertiginosa rapidez, y por fin sintióse envuelto entre las sombras de la muerte.

Su último pensamiento fué para Pepita. Sintió haberla engañado para sacarla dinero; pero suponiendo que pronto se consolaría de su amor y de su deuda con otro nuevo amante, se tranquilizó para morir.

Porque Winzer, aun en la agonía, tenía la conciencia ancha...

De pronto se oyó á lo lejos una voz que decía:

– Federico, allí arriba hay alguien. ¡Si pudiéramos atraparle para que nos hiciese el tercero en el *skat!* (1).

El vértigo que se había apoderado de Winzer cesó de repente, y en la mente del desventurado surgió extravagante idea de que estaba en el otro mundo y que de allí era la voz que sonaba en sus oídos.

Pero en seguida otra voz de bajo profundo exclamó:

– Subamos por él.

– ¡Cómo! ¿Queréis subir hasta allá arriba para exponeros tal vez á tener que cargar con excursionista extraviado y medio muerto?

El espíritu de Winzer, próximo á apagarse, se avivó al oir este diálogo, pero sus labios inmóviles se negaron á dar paso á sus palabras.

– Emilio, continuó diciendo la voz de bajo, si le ha sobrevenido un accidente, tanto mejor; no hay como el juego del *skat* para resucitar á los muertos. A la verdad, se necesita estar loco para permanecer en tal situación en el ventisquero. Créeme. Sin duda ha sido sorprendido por la tormenta.

– No lo creo; ¿quién á estas horas se hubiera atrevido á escalar tal altura?

– Nosotros no estamos muy por bajo.

– Pero á nosotros nos conforta la idea del *skat*.

– Eso sí.

– Pronto saldremos de dudas. Interroguémosle y algo nos contestará ¡Eh!, ¡buen hombre!, ¿podemos saber á qué ha venido V. á estos sitios?

Winzer experimentó cierta satisfacción al ver que le era imposible contestar, esperando que de este modo le dejarían en paz, y se evitaría además el ridículo de acompañar á aquellos señores al hotel sin un céntimo en el bolsillo. ¿No había ido á aquel sitio para morir entre el hielo?

– Mira, Federico, quizá tengas razón. Voy á subir

(1) Juego de naipes alemán que se juega entre tres personas.



Aquello era una baraunda

á ver lo que le pasa. Al fin y al cabo somos cristianos.

– No te olvides de proponerle una partida de *skat*.

– Eso por de contado.

Winzer oyó con gran disgusto el ruido de pasos que se acercaban, y tuvo una alucinación. Creyó que al lado del ventisquero, sobre la tierra helada, había una mesa llena de copas de resplandeciente cristal, y que él, sentado á la mesa con dos caballeros, bebía y jugaba al *skat*. Y no era esto solo, sino que una hermosa y robusta muchacha traía nuevas copas y las servía sonriente.

Un aliento cálido que le soplaba en el rostro desvaneció aquel ensueño, que resumía las tres pasiones de Winzer: la mujer, la bebida y el juego. Una mano apoyada sobre su corazón sacudía su cuerpo.

– Buen hombre, ¿está V. vivo todavía?

Winzer contuvo la respiración.

– Emilio, me parece que está muerto, pues no le oigo respirar. Acércate. Si está muerto no podemos hacer por él otra cosa que dar al hotel cuenta del hallazgo para que vengan á recogerle. Si vive, sería una monstruosidad dejarle abandonado. ¡Qué lástima! Me temo que no podamos echar una partidita por falta de tercero.

Winzer sintió que el rostro del inesperado salvador volvía á acercarse al suyo, y que le sería imposible contener por más tiempo la actividad de sus pulmones, en vista de lo cual decidió respirar lo más despacio y menos fuerte posible; mas apenas lo hizo, la voz amiga exclamó con acento de loca alegría:

– ¡Federico, ven, ven en seguida! Vive. Conduzcámosle al hotel, aquí puede morir helado de un momento á otro

– No será cosa fácil, pues el empedrado no es el más á propósito para tal descenso, respondió la voz de bajo aproximándose.

El desdichado Winzer comprendió que era difícil seguir disimulando delante de aquellos filántropos. Por un instante cruzó por su pensamiento la idea de explicar su situación, como consecuencia de un desgraciado accidente, según había supuesto uno de aquellos señores; pero ¿cómo sostener una mentira para encontrarse luego en el hotel con los bolsillos vacíos? ¿Qué hacer?

Entregado á estas meditaciones, notó que dos vigorosos brazos le cogían por la cabeza y otros dos por los pies, y oyó que la voz menos bronca decía:

– Pero ¿cómo vamos á bajar con esta carga? Déjame al menos que encienda la linterna para que nos orientemos.

Un ¡ay! se escapó del pecho de Winzer, y en voz dolorida y casi imperceptible exclamó:

– Señores, déjenme aquí por favor, no se ocupen de mí.

– ¡Hola!, dijo la voz más juvenil, después de una pausa motivada por la sorpresa. ¿No oyes, Federico? Este buen hombre parece que ha querido suicidarse. Pues por poco que nos hubiéramos descuidado...

Winzer intentó incorporarse, pero sólo consiguió alzar un poco el cuerpo, apoyando un brazo en el suelo.

– ¿Tendrá V. frío?, preguntó la voz de bajo.

– Claro está.

– Le arroparé con mi capote; á mí me basta el *plaid*.

Winzer se exasperó y exclamó despechado:

– ¿Con qué derecho se inmiscuen Vds. en la suerte de un desgraciado?

– Oiga V., compadre. Nosotros auxiliamos á la policía. ¿No sabe V. por ventura que está prohibido, bajo severas penas, el suicidio? No haga V., pues, locuras; abríguese y díganos quién es y por qué quiso á toda costa abandonar este mundo.

– Soy comerciante; me encuentro sin empleo...

– Ya le tiene V.

– ¿Dónde?

– En mi casa de banca... Pero ¿cómo no teniendo un céntimo ha podido V. llegar hasta aquí?

– Porque no hay portazgo ni pontazgo para los ventisqueros.

– Y diga, ¿juega V. al *skat*?

– Es mi juego favorito.

– ¡Hurra! Federico, ya tenemos nuestro hombre; un suicida salvado á pesar suyo, ¡qué gran compañero! Enciende la linterna y á jugar.

– ¡Cómo!, exclamó Winzer estupefacto. ¿Jugar aquí?

– No siempre se ha de jugar sobre tapete verde.

– ¿Y qué voy yo á jugar? ¿los años?

– No, dinero que prestaré á V.

Y diciendo así, el hombre de voz baja sacó un bolsón y dió veinte florines á Winzer, añadiendo:

– A cuenta de las futuras pagas.

Entretanto, el más joven había encendido una gran linterna. A la luz de ésta pudo Winzer distinguir dos sujetos de mediana edad, que parecían gente acomodada.

Pusiéronse á jugar al *skat*, que es parecido al tresillo español; pero antes, mientras barajaba, el hombre de la voz de bajo prorrumpió en este discurso filosófico, dirigiéndose á Winzer:

– ¡Bonita filosofía tiene V., amigo mío! No admito el que no se encuentre trabajo, pues á falta de otra cosa se venden palillos de dientes. Pues qué, ¿no hay más que decirle á Dios: «quiero y debo obtener tal empleo, y si no me lo proporcionan me mato?»...

Una violenta ráfaga de aire, que se llevó los naipes, interrumpió la peroración.

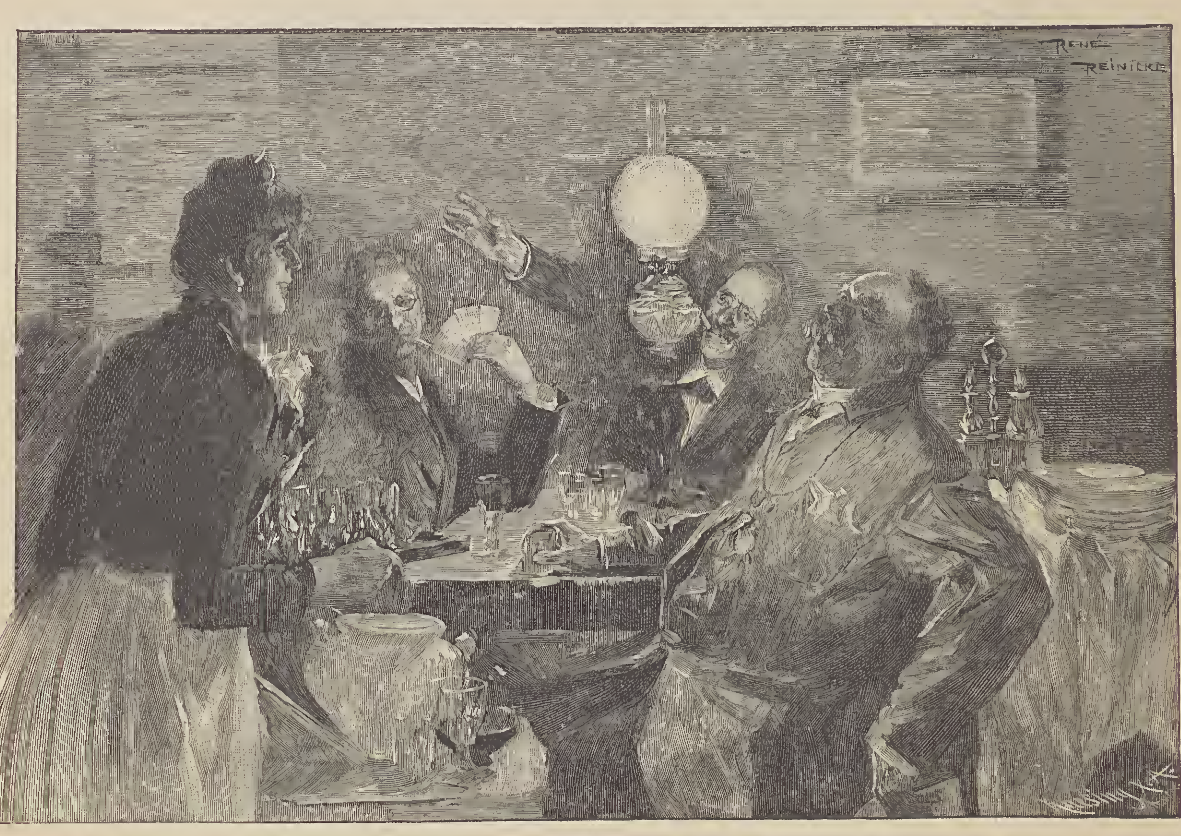
– Vámonos al hotel, dijo Federico, aquí es imposible jugar.

– Lo siento; el *skat* sobre la nieve sería doblemente poético. Vamos.

Winzer estaba como atontado; pero se guardó en el bolsillo los florines que le habían prestado.

Ya en el hotel, instalados confortablemente junto á una buena chimenea, á una mesa, con una botella de excelente coñac, el joven ex suicida recobró toda su lucidez.

– ¿Querrán Vds. creer, dijo Federico, que hay en el hotel ochenta huéspedes todos idiotas?



Comenzó la partida

– ¿Cómo es eso?

– Ninguno sabe jugar al *skat*.

Comenzó la partida. Pronto se convenció Winzer de que no obstante su afición, sus compañeros no eran muy fuertes en el juego. Jugó al tira y afloja, para no escamarlos, y cuando la campana del hotel llamó á la cena, llevaba ganados trescientos florines.

Cenó como un potentado, durmió como un patriarca, soñó con Pepita, con el *Prater* de Viena, con un pastel Chateau-Renau, muy en boga entonces en Alemania, y creyó en Dios por primera vez en su vida. Sí, indudablemente hay Dios, que aprieta, pero no ahoga.

Levantóse muy temprano, cuando sus compañeros de juego aún dormían á pierna suelta. Ya no pensaba en colocaciones. Había resucitado, digámoslo así, y volaba al cielo del placer.

¡Viva la alegría!

Se asomó á la ventana del hotel, y entrevió entre la niebla la cima de la Furca. Pagó su cuenta y salió de la fonda casi tan subrepticiamente como Napoleón I de la isla de Elva.

La fortuna de Napoleón terminó á los cien días; no sabemos cuánto duró la de Winzer.

F. M. G.

SECCIÓN AMERICANA

LOS AMORES DE SAN ANTONIO

(Continuación)

Uno de los *cholos* sirvientes que nos acompañaban calzó al *taita* unas grandes polainas, y cogiendo ambos sus respectivas escopetas encamináronse á pie hacia la *vizcachera*, desafiando la lluvia torrencial, que convertía la montaña en furiosa catarata.

Quedamos nosotras dentro del *chalet*, y una india, lista y avispada como una ardilla, sacó del horno tres pieles de carnero curadas, extendiéndolas en el suelo para que nos sentasemos

Tendría la india veinte años y ya era madre de cuatro indiecillos que se arrastraban revueltos con cinco ó seis perros, otros tantos gatos, algunas docenas de *cuyes* (conejitos de indias) y dos *cuchis* (cerdos), no muy pequeñitos por cierto.

Todos aquellos animales, racionales ó no, vivían juntos y en la mejor armonía, como si la misma madre los hubiera parido y á los mismos pechos se hubiesen criado.

Otra india vieja hilaba sin hablar palabra, mirándonos de vez en cuando con expresion seráfica, como si nos creyese imágenes de su divino culto, y otra jovencilla que ligeramente pasaba los puntos de una media de lana, apenas se atrevía á levantar los ojos, ruborizándose cuando la dirigíamos la palabra.

Ninguna de las tres indias entendía el castellano, pero Virginia Ortiz de Villate hablaba perfectamente el quichua y podíamos comunicarnos con los moradores de la choza

La vieja era madre de las jóvenes; todas estaban casadas, y los tres maridos, en compañía de otro personaje importantísimo para el indio, el asno, habían ido á las montañas á sembrar patatas.

Faltaban, pues, tres hombres y un burro para completar aquella dilatada familia que apenas tenía una choza de seis metros de largo por cuatro de ancho para guarecerse de la intemperie.

Confieso que de esto me asombré sin motivo, pues en Asturias viven muchas familias en idénticas condiciones: lo que tiene que yo había salido de mi país siendo niña y no recordaba haber visto en mi vida semejantes revoltijos.

Hacía ocho días que se casara la india jovencita, y por más preguntas que Virginia la hizo, no pudimos conseguir que nos hablase de sus amores ni de su marido, ni menos que nos dijese si lo quería ó no lo quería; y es que cuando una india se emperra en no hablar, no despliega los labios aunque la maten, pero expresa tan admirablemente y sin darse cuenta sus sensaciones, que no es difícil adivinar la respuesta.

Así, cuando la preguntamos si quería á su *hombre* leímos en su semblante un poema de amor con destellos de pasión ardentísima.



MUCHACHAS NAPOLITANAS ENSARTANDO PERLAS, cuadro de Edmundo Pury, expuesto en París



EL DÍA ANTES DE LA SEPARACIÓN, cuadro de W. Rainey

– ¿Y si quisiese á otra?, le preguntó Virginia, instigada por mí.

La india continuó en su mutismo, pero nos miró con feroz expresión, convertida rápidamente en maliciosa sonrisa, como si quisiera decirnos:

– Ya os entiendo; queréis enojarme para que hable: os fastidiáis; no hablaré.

Y se salió con la suya, porque no habló.

Volvió el *taita* después de cazar algunas *vizcachas*, y á pesar de su ascendiente sobre los indígenas, tampoco pudo conseguir que la muchacha le contestase.

Cesó la lluvia y salimos para ver la industria á que se dedicaban los habitantes del *chalet*.

Eran alfareros y tenían su *hornada* de cazuelas y pucheros metida en un montón de rescoldo, tan amazacotado y compacto que á pesar de la fuerte lluvia apenas había penetrado el agua en aquel *horno* de nueva invención.

Cuando volvimos para montar de nuevo, sorprendimos á la indiecilla charlando como una descosida con uno de nuestros sirvientes.

Era éste un *cholo*, buen mozo, con mucha malicia y cierto airecillo de inocencia que no le sentaba mal, según atestiguaban algunas *cholitas* que se morían por sus pedazos.

No pudo entender Virginia una palabra de lo que él decía bajito á la india, pero oyó claramente que ésta le contestaba: «Tú eres más guapo y más *gente* que mi marido.»

Al apercibirse de nuestra presencia, corrió la muchacha á meterse y acurrucarse dentro de la choza, y continuamos el viaje sin volver á verla, pero con la seguridad de que aquella noche soñaría la india, á pesar de su hombre, con lo que al oído le contara nuestro sirviente.

Seguimos bajando la quebrada con agradable temperatura y siendo casi despejada la estrecha faja de firmamento que divisábamos: ya distinguíamos claramente los pueblos enclavados en ambas laderas.

Al contemplarlos con sus grandes extensiones de casas sombreadas por frondosos árboles, daban envidia á quien como nosotros bajaba del Cerro de Pasco, en donde no se ve un tiesto ni crece una mala hierbecita; pero una vez cerca, el desencanto era grande: los árboles que nosotros suponíamos frutales no eran otra cosa que saúcos robustos y copudos; en fin, siquiera veíamos árboles, y algo era algo.

Declaro que aquellos pueblos habitados únicamente por indios me parecían trasunto fiel del paraíso.

Para quien había nacido y vivido entre flores y árboles tenía que ser monótona la vida, contemplando cómo de las entrañas de la tierra se extraían pedruscos que después de pasar por muchas fases venían á convertirse en el codiciado metal que perturba conciencias y atropella aun lo más santo y lo más respetable.

Llegamos á *Cuchis*, nombre que fielmente traducido del quichua, quiere decir *cerdos*; y la verdad, había tantos de estos sabrosos animalitos en el tal pueblo, que tuvimos por admirablemente puesto su nombre oficial.

Corrieron los indios de casa en casa anunciando la llegada del *taita* Lloveras con tres *niñas* y larga comitiva, y se apresuraron las autoridades á saludarnos respetuosamente.

Se nos presentó el *joiz* (juez) con sus *ministros*, indios armados de larga vara, por lo cual pude colegir que aquéllos eran remedo de los antiguos ministriles españoles.

Era el *joiz* un personaje *aristocrático* entre los de su raza, pues ya tres veces había sido investido con autoridad; favor tan señalado entre ellos, que imponía superioridad inusitada. Era, pues, *hijo del hombre* y no *hijo del perro*, expresión gráfica con la cual hacen ver que no son cualquier cosa.

No podíamos detenernos mucho tiempo, y el *taita* dijo que al día siguiente *recibiría en corte*; es decir, que oiría cuantas demandas y reclamaciones tuvieran que hacerle en su quinta de Visco.

Y como la recepción habría de acabar seguramente con algunas copas de *chacta* (alcohol), dicho se está que todos prometían no faltar.

El *joiz* se apresuró á limpiar las polainas del *taita*, teniéndole el estribo para que montase de nuevo, y después de hacernos profundas reverencias, así como los *ministros* y todos los presentes, partimos á galope.

Estábamos á más de dos leguas de Visco y deseábamos llegar de día porque los caminos desde allí eran mucho peores y más estrechos.

Sin más incidente que un solemne zarpazo que por atrevida sufrió mi pobre humanidad, llegamos contentísimas á la quinta de Santa Rosa, escondida entre flores y peñas, al pie de una montaña arrullada por una catarata que desde lo alto se precipita amenazando el edificio, y cuyas aguas van por estrecho cauce á perderse en el río de la quebrada, que bastante caudaloso en aquel término y sombreado por álamos gigantescos, lame las plantas de la quinta y arrulla á sus moradores con el incesante batir de la corriente espumosa contra los infinitos peñascos de su lecho.

Está, pues, el pueblecito situado en el fondo de la quebrada, y por uno de los accidentes del terreno no se le ve hasta que á él se llega.

Unas cuantas casitas de indios, semejantes al *chalet* de la bajada de San Antonio, y una iglesia derruída constituían entonces el pueblo, que sólo de gala se vestía cuando el galante dueño de Santa Rosa llegaba con huéspedes, y esto ocurría muy á menudo.

Perennemente sostenía allí el *taita* una cocinera y un criado que nos esperaban, y dicho se está que después de apearnos y saltar dando gritos, recorriendo la casa, el jardín, el río y hasta parte de la montaña, nos sentamos á la mesa bien provista y mejor servida que la de un monarca en activo servicio.

Así nos parecía á nosotros, y la verdad era que ninguna hubiera trocado su presente por cuanto de más codiciado hubiese en la tierra.

Durante la comida se hizo el programa. Descansaríamos cazando á pie por los alrededores dos días; emplearíamos otros dos en visitar algunos pueblos y una famosa quinta en donde abundaba la fruta exquisita; dormiríamos en un pueblo de relativa importancia, Yanahuanca, y regresaríamos al tercer día á Visco, dedicando cuarenta y ocho horas á recibir las visitas de despedida y devolver banquetes, para regresar al octavo día al Cerro de Pasco, en donde se nos esperaba sin falta.

¡Qué seductor programa! ¡Cuántas cosas veríamos y cuánto aprenderíamos de usos y costumbres!

Nada más tentador que el empleo que nuestro querido *cicerone* daba al tiempo. ¡Qué bien repartido!

Sirvieron el café y no mostraba el *taita* señales de referirnos la tradición milagrosa, pero yo no estaba dispuesta á pasar la noche sin satisfacer la curiosidad.

– *Taitito*, ¿y el cuento?, le dije.

– Mañana.

– ¡No, no!, gritamos las tres, ¡ahora, ahora!

– Vaya, caprichosas, pues ahora.

Antes de comenzar la conseja del santo grabado en la peña, he de hacer una observación pertinente, cuyo desentrañamiento dejo á la consideración de los sabios que se dedican á estudios antropológicos.

En mis largos viajes y en mi constante afán de estudiar usos y costumbres incásicas, cuya civilización sorprendió á los propios conquistadores, hanme saltado á la vista puntos de contacto y semejanzas extraordinarias con algunas regiones españolas, especialmente con la asturiana, en su confín con la provincia de Lugo.

Dejo á un lado por tener sencillísima explicación lo que á la indumentaria se refiere: encuentro también natural que vistan unas indias como las castellanas viejas, otras como las sayaguesas, otras como las mujeres del Valle de Anzó y todas semejantes á las campesinas de varias provincias de España, y no me sorprende que la música del indio peruano tenga las cadencias *montañosas* de Asturias y los gemidos apasionados de las sultanas granadinas.

La *quena*, una especie de flauta de caña cuya tradición romancesca atribuye su invento al enamorado que de un fémur de la mujer amada hizo el instrumento que tan tristes notas produce, no es otra cosa que la flauta ó silbato de los pastores occidentales de Asturias. En las montañas que unen el partido de Castropol con el de Fonsagrada, puede oirse una especie de *quena* peruana cuando el pastorcillo recoge sus ovejas y sus cabras en las melancólicas tardes de primavera y estío.

Los desfiladeros de los *cordales* asturianos seméjanse entonces á los majestuosos Andes; algún viajero caminando al paso tardo de su caballejo gallego ó de su mula mañosa, y el zafio *Batilo* saltando breñas y matorrales, persiguiendo su menudo ganado, ó sentado en una peña lanzando al aire lamentos inconscientes por los toscos agujeros de su flauta de caña.

¿Que pudo ser este instrumento importación ó exportación de la conquista? Bueno. Pero no lo ha sido seguramente la predilección que así los indios como los asturianos de Occidente tienen por el pelo rubio. Para los primeros, un hombre ó una mujer de pelo blondo son descendientes de la Virgen ó de los santos; para los segundos, todos los rubios son hermosos por horribles que sean. Las morenas y los morenos, en Asturias son feos porque sí, y allí no se miran facciones, ni expresión, ni ojos, ni talle, ni cosa alguna: es blanco y rubio... el *summum*, la perfección, el tipo acabado de la belleza.

Un niño blanco y rubio es para las indias un ángel; así, recuerdo siempre con infinita ternura que las indias se arrodillaban delante de mi pequeño de dos años, tocaban sus rizadas guedejitas con la punta de los dedos y los llevaban á los labios con unción seráfica.

– Niñito *lau* (expresión sublime), hijito de la Virgen... con tu pelito de oro... ruega por nosotros.

Cuando me tradujeron estas frases sentí una emoción profundísima. ¿Era pena por la ignorancia de aquellos parias ó satisfacción por ver así adorado al pedazo de mis entrañas? No lo sé; pero lo que puedo asegurar es que mi hijo sintió infinito placer cuando vió los aldeanos de mi pueblo.

– Son *cholos*, mamá, me decía, y sólo el tiempo y la costumbre pudieron convencerle de que los aldeanos de Asturias no eran *cholos* peruanos.

Cuando la india llega á la pubertad y siente los primeros gritos del sexo que la incita á mirar en el hombre á su compañero, suele volverse de cara á la pared y escarbar con la uña, prueba evidentísima de que anda lacia y tristona por falta de requiebros ó que su corazón ha sentido el primer golpetazo amoroso.

Y en Asturias cuando una mocita empieza á mirar de reojo á los mozos y á ponerse colorada si de alguno le hablan, dicen las gentes que ya comienza á *escarbar*.

¿Puede tener relación lo uno con lo otro? La tiene indudablemente, y tal vez la naturaleza en sus espontaneidades animales ajenas á la racionalidad, nos daría la explicación de hechos que no tienen ni la muy socorrida del atavismo.

Si me propusiese señalar en un trabajillo como el presente, ajeno por completo á la seriedad que requieren ciertos estudios, los puntos de contacto que los hijos del Sol tienen con los aldeanos del Occidente de Asturias, encontraría muchas, muchísimas cosas dignas de parar mientes en ellas.

* * *

Tomó el *taita* Lloveras la palabra, y con su marcadísimo acento catalán, que á tan larga distancia de España me parecía delicioso, comenzó á referirnos lo que á su vez había escuchado de un viejo indígena, cronicón parlante de su raza.

Las tradiciones y la historia pasan en los indios como herencia de padres á hijos más ó menos adulteradas, según la inteligencia ó la fantasía del narrador.

Había hace muchos, muchísimos años, dos siglos acaso, una pobre vivienda de indios situada en lo alto de la quebrada de Chaupi-Huaranga, frente por frente al grupo de peñas llamadas hoy de San Antonio. Ocupaban la choza, que se componía de dos habitaciones terrenas, un matrimonio joven y una vieja sirviente, que con respeto impropio de seres igualmente desgraciados obedecía y respetaba á sus amos.

Respetábanlos asimismo cuantos indios llegaban á la choza, y ninguno pasaba por delante de ella sin hincar la rodilla en señal de acatamiento, prueba más que fehaciente de que el joven matrimonio descendía en línea recta de los venerados emperadores Incas.

María se llamaba la mujer y Antonio el marido; amábanse con ternura, y eran los dos creyentes fervorosos, como lo son todos los de su raza.

Idólatra por el culto católico el indio, va adonde la religión por boca de sus ministros le lleva, y nada más venerando para los hijos del Sol que las imágenes, tuertas ó derechas, feas ó bonitas, que adoran en sus churriguerescos templos.

Como quiera que visten á sus santos como mejor les parece, y lo mejor es aquello que más reluce, he visto un San Miguel con traje de bailarina, un San José con casaca á la Federica y un San Juan con trusas y dalmática. Si fuese á describir los atavíos de algunas santas, necesitaría imprimir un volumen de doscientas páginas y me quedaría corta.

Antonio había comprado la imagen de su santo patrón para sorprender á María un día de Pascua. Era su *guatamano*, equivalente á nuestro aguinaldo.

¡Qué figura tan hermosa la del santo! María no se cansaba de mirarlo ni de dar gracias á su marido por tan rico presente.

¡Un San Antonio rubio, blanco y encarnado, gracias á los chafarrinones de almazarrón con que le habían embadurnado las mejillas! ¡Con qué pulcritud abrieron una hornacina en los adobes de la renegrida pared! ¡Qué adorno más bello para la pobre choza!

Era muy hermosa la india: tenía los ojos grandes, grandísimos y expresivos; el cutis suave, como todas las mujeres incas, y de un trigueño claro, por lo cual corrían rumores de revoltijo entre una de sus bisabuelas y un apuesto jefe de los invasores.

Eva Canel

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

EL ALUMBRADO POR MEDIO DEL GAS COMPRIMIDO

Si estudiamos detenidamente el proceso que se verifica en la combustión de una bujía, sorpréndenos que una grasa, que en condiciones normales no es cuerpo volátil, pueda producir una llama, pues sabemos que ésta, sólo á la combustión de un gas ó de

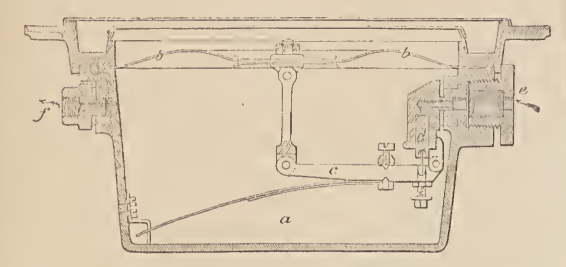


Fig. 1. Regulador para el alumbrado por gas comprimido

un vapor puede ser debida. Pero si introducimos en la llama un tubo de metal ó de cristal, veremos que la misma ley preside en la combustión de la bujía, como lo demuestra el hecho de que por aquél penetra un gas que es inflamable al salir por el otro extremo, produciendo una llama igual á la de la vela, de lo cual se deduce que la grasa de ésta con el calor de su propia llama se convierte en gases, que son los que á la llama dan origen. En efecto, toda substancia que contenga carbono ó hidrógeno se descompone, con el calor, en gases que se desprenden y carbón que subsiste. Los gases, cuidadosamente examinados, resultan ser una mezcla de metano ó gas de las lagunas, un hidrógeno carbonado que arde produciendo una llama opaca, y de etilo, cuerpo análogo al anterior, pero que arde con llama brillante, conteniendo, además, vapores de hidrógenos carbonados fluidos y más ó menos volátiles. Según sea la substancia que con la ignición produce los gases y según sea la temperatura en que se efectúe el proceso de descomposición, varía la proporción de las citadas partes gaseosas integrantes, pudiendo haber más ó menos metano que no alumbra, ó más ó menos hidrógeno carbonado fuliginoso y de brillante llama.

La bujía, que nos ha servido de ejemplo, es un medio de alumbrado muy perfecto: la grasa de que se compone arde fácilmente y por completo; en cambio hay otros materiales que no son á propósito para alumbrar, porque al par del gas luminoso desprenden demasiado carbón, impidiendo con ello el desenvolvimiento de la llama. El aprovechamiento de tales substancias para el alumbrado (separando los procesos de gasificación y de combustión, y utilizando el producto puro del primero para los fines del segundo) es una conquista de fecha reciente, pues apenas hace un siglo que se conoce el alumbrado por gas y sólo de muy pocos años á esta parte se ha generalizado su uso. No nos proponemos hablar de este alumbrado, ni de su historia, ni del estado en que hoy se encuentra; sólo queremos referirnos á una clase especial del

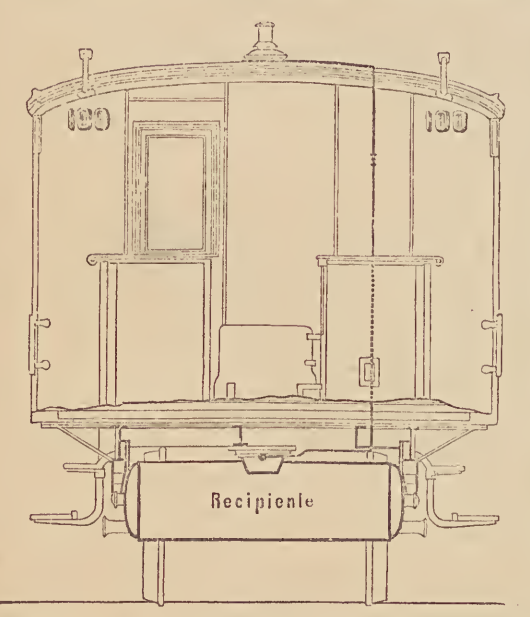


Fig. 2. Disposición del recipiente en un vagón de ferrocarril

mismo, cuya ventaja estriba en obviar uno de los principales inconvenientes que el alumbrado ordinario por gas ofrece, á saber: la falta absoluta de movilidad. Una fábrica de gas surte una zona limitada y las cañerías están fijas, y por lo mismo únicamente pueden ser utilizadas y emplazadas en cosas inmóviles, como calles y casas. Pero en nuestra actual vida de cultura los medios de transporte, ferrocarriles, vapores, etc., representan un papel importantísimo; muchos de nosotros nos vemos obligados á utilizarlos á menudo, no pocas veces de noche, y de aquí la necesidad de contar con un alumbrado suficiente. Las sucias y mal olientes lámparas de aceite de nabina, que hace quince años constituían la única iluminación en los ferrocarriles y vapores y que aún no han desaparecido del todo, tienen la gran ventaja de ser muy caras; y decimos ventaja, porque este mismo hecho de ser muy cara ha movido á las empresas ferroviarias y de vapores á introducir en este punto una modificación, que la sola comodidad de los viajeros no hubiera á buen seguro conseguido de ellas. Según los cálculos de la compañía Berlín-Hamburgo, cada lámpara de aceite cuesta 7 y medio céntimos de peseta por hora; suponiendo que un tren exprés de noche tenga 50 lámparas, resulta que el coste del alumbrado en un viaje de 10 horas es de 37'50 pesetas. De esto se deduce cuán considerables sumas gastan anualmente en aceite las compañías. Pues bien: el alumbrado por gas transportable, que por su limpieza y claridad no puede compararse con el alumbrado por aceite, cuesta apenas la quinta parte que éste.

Es evidente que hace quince años, es decir, antes del alumbrado eléctrico, el gas era lo único que podía substituir al aceite de nabina, y sólo era cuestión de vencer las dificultades técnicas que al empleo del gas se oponían. Dado el continuo cambio de lugares de un tren, era preciso que éste ó mejor aún cada vagón constituyese un sistema de alumbrado aparte de los otros, con sus cañerías especiales alimentadas por un depósito de gas en cada coche. Estos depósitos, empero, no podían ser muy grandes, á menos de ocupar una buena parte del sitio destinado á los viajeros ó á los equipajes: se probó de colocar un depósito en un vagón de mercancías, desde donde se alumbraba todo el tren; pero como para ello se necesitaban tubos de enlace entre los vagones, los movimientos que la marcha imprimía en aquéllos influían en la iluminación y llegaban hasta á apagar las luces, además de que tal sistema resultaba enojoso cuando se trataba de enganchar ó desenganchar los vagones. Fué, pues, necesario que cada uno de éstos llevara su depósito, formando un sistema especial. Para ello, la *Metropolitan-District-Railway Company* de Londres colocó, hace 25 años, sobre los techos de sus vagones una especie de odres que se llenaban de gas del que surtía la ciudad, y sobre los cuales se ponían unos pesos que ejerciendo ligera presión hacían salir el fluido que ardía en las lámparas. Mas pronto hubo de verse que por este medio sólo podía llevarse gas para pocas horas, lo que hacía inaplicable el sistema en los trenes rápidos de noche y en las grandes distancias.

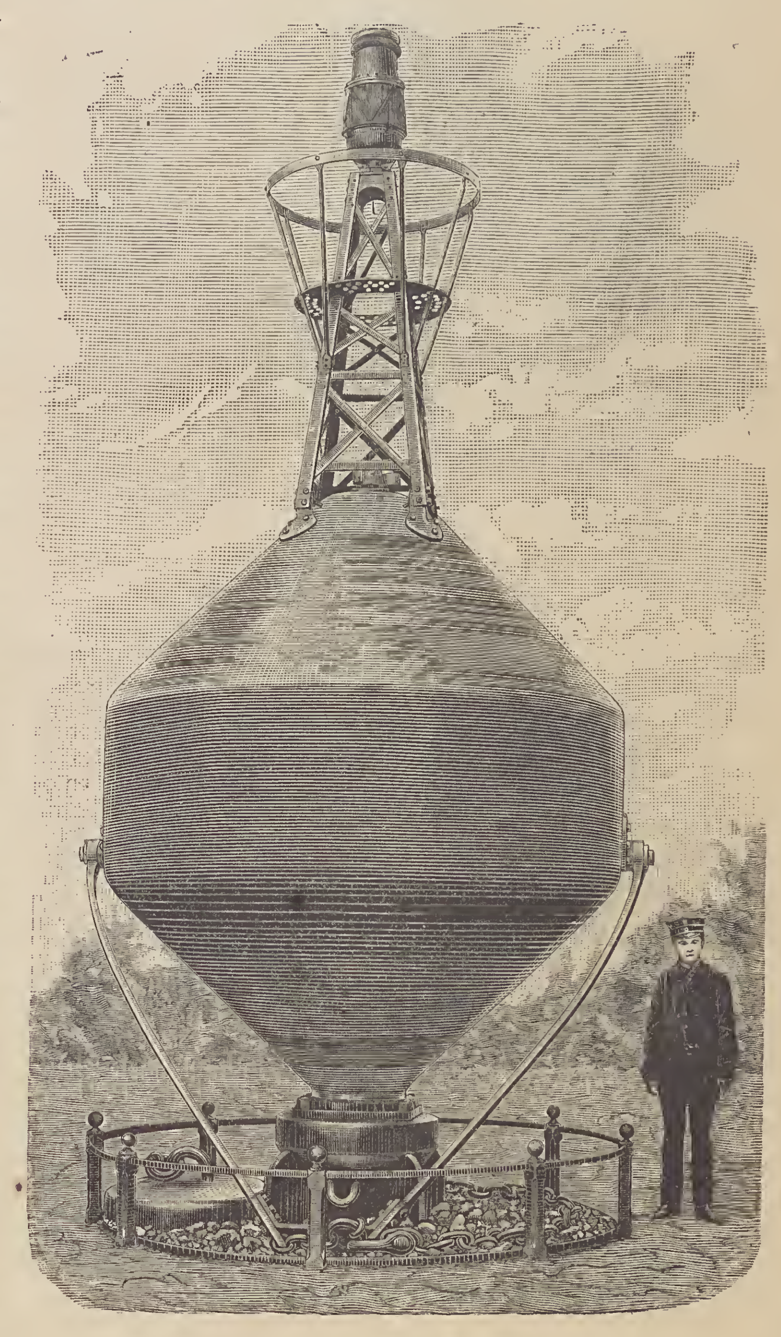
El empleo del gas, dado el espacio destinado al depósito, solamente era posible comprimiendo el gas en un volumen reducido; de este modo con gas comprimido á 10 atmósferas se puede llevar en igual espacio una cantidad de fluido 10 veces mayor que si la compresión es á una atmósfera; esto era evidente, pero ocurría una gran dificultad técnica. El gas que alumbra las ciudades está generalmente á una presión equivalente á una columna de agua de 25 á 40 milímetros, presión muy pequeña, pero que, según demuestra la experiencia, es la más favorable para la ignición del gas; pues por poco que se aumente, la luz empieza á silbar y á vacilar y pierde su intensidad lumínica. Y si se le somete á la presión de 10 atmósferas, que resulta monstruosa comparada con la normal, pierde el gas su propiedad de inflamarse al salir por los tubos; de suerte que para que un gas sometido á una gran presión arda, es preciso que sea antes reducido á la presión pequeña indicada. De aquí que para el empleo en los ferrocarriles de gas á alta presión, se hacía necesario inventar una válvula de reducción que realizara ese cambio de presión, válvula que debía ser automática, es decir, apta para reducir á la presión siempre igual indispensable para la ignición la presión del gas comprimido, cada vez menor por consecuencia del consumo.

El industrial de Berlín Julio Pintsch ha sabido resolver con habilidad suma este difícil problema, y la válvula de reducción por él inventada fué el punto de partida de uno de los más importantes éxitos industriales de nuestros tiempos.

Pasemos á explicar la forma perfeccionada que ha adoptado el sistema de alumbrado de Pintsch.

La válvula de reducción de la presión del gas inventada por Pintsch es, como todas las soluciones de los problemas técnicos, un aparato relativamente sencillo. Nuestra fig. 1 reproduce una sección transversal de la misma.

El gas comprimido llega á la válvula por la abertura *e*, unida al tubo conductor, que se mantiene cerrada por medio del cono *d*, el cual es oprimido por una fuerte palanca sostenida por una membrana *b*, cuya tensión está calculada de modo que toda presión mayor de una columna de agua de 25 milímetros la encorva hacia arriba, atrayendo la palanca y cerrando con ello la abertura *e*. Cuando la presión es menor de 25 milímetros baja la membrana, cae el cono *d* y entra más gas hasta que la presión vuelve á ser de 25 milímetros. Se ve, pues, claramente que el juego de la membrana está dispuesto de manera que constantemente salga por la abertura *f* y llegue hasta el punto de ignición una corriente igual de gas siempre á la presión indicada.


Fig. 3. Boya luminosa en la Exposición de aparatos para evitar siniestros verificada en Berlín en 1889

Aunque el invento de la válbula de reducción resolvía el problema del alumbrado de los espacios movibles por medio del gas comprimido, quedaban en pie otros varios, cuya solución era necesaria para asegurar al nuevo método un éxito duradero. Una de las cosas más importantes era la elección del gas que

debía emplearse. Ya hemos dicho que distintos gases tienen distinta potencia luminosa, según su procedencia. El gas de alumbrado común se obtiene del carbón de piedra, porque esta primera materia es la más rica y la más barata; pero aun en éste es de gran

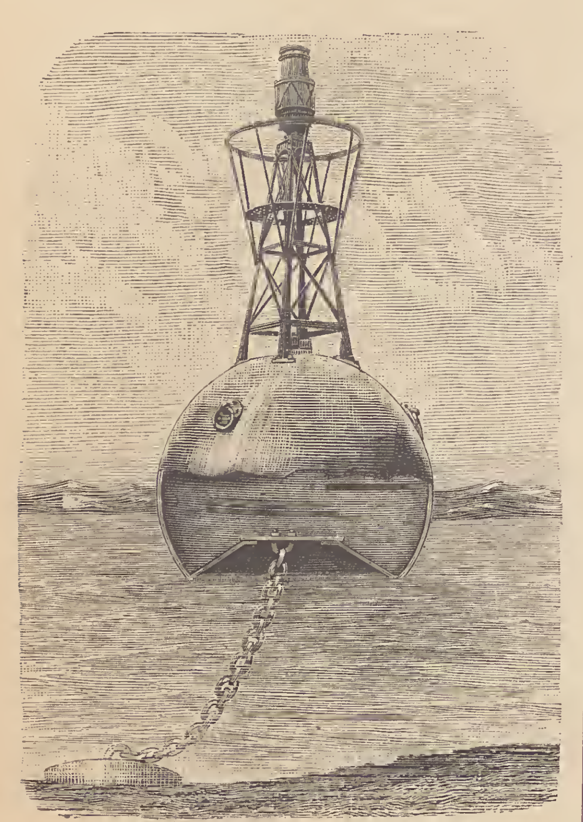


Fig. 4. Boya luminosa anclada en el mar

importancia la elección y mezcla de los carbones. Para el alumbrado por gas transportable, conviene ante todo emplear un gas de gran intensidad lumínica, porque así se consume menos y por ende dura más la provisión que de él se lleve. J. Pintsch eligió, por esta razón, para su sistema el llamado gas de grasa, obtenido con los residuos del petróleo ó con el aceite de parafina sajón, productos de bajo precio, instilados en una retorta de hierro fundido calentada al rojo. De este modo aquellos líquidos se descomponen produciendo, como casi todas las substancias orgánicas, carbón que se queda en la retorta y gas que se escapa de ésta y que, purificado por el mismo

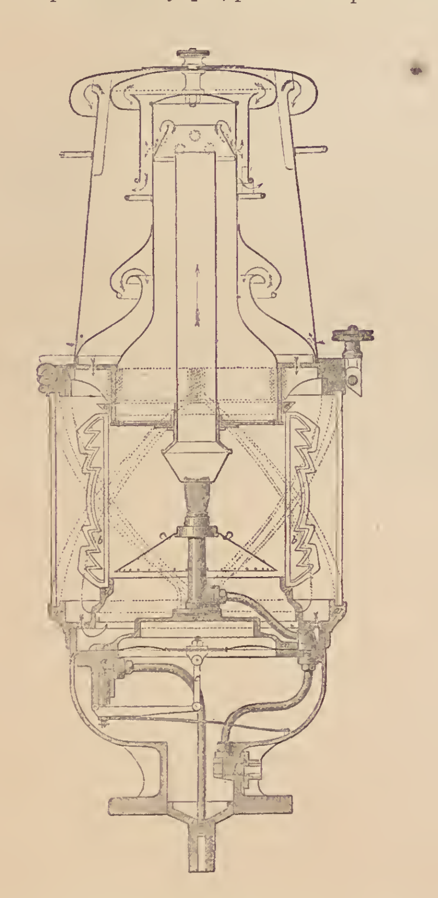


Fig. 5. Linterna de una boya luminosa; $^1/_8$ de su verdadero tamaño

procedimiento que el de carbón de piedra, pasa al gasómetro, de donde es extraído é introducido en depósitos cerrados por medio de potentes bombas de compresión. Estos depósitos son luego colocados en los cilindros ó recipientes para el consumo.

Los recipientes, generalmente colocados de dos en dos entre los ejes de las ruedas de los vagones, consisten en cilindros de palastro de 5 milímetros de grueso, de 1'85 de longitud y de 420 á 520 milímetros de diámetro, estañados y soldados por dentro y por fuera; en sus extremos, de forma convexa y cerrados á tornillo, hay las válvulas por donde se introduce el gas que, para evitar los efectos del polvo ó de la porquería, van cubiertas con una chapa atornillada. En el centro del cilindro va colocado el tubo que conduce el gas desde el cilindro á la válvula de reducción ó regulador. La fig. 2 representa la disposición del sistema en conjunto.

Los recipientes van fuertemente sujetos al vagón, y cuando hay que llenarlos se les pone, por medio de un tubo atornillado de quita y pon, en comunicación con el depósito en donde las bombas acumulan el gas comprimido.

Un vagón con seis luces lleva dos recipientes de 380 litros cada uno, y la cantidad de gas en ellos contenida basta para el alumbrado durante dos noches. Así el tren correo de Berlín-París, por Colonia, realiza sus viajes de ida y vuelta con la provisión de gas tomada en Berlín.

Ya se comprenderá que antes de llegar á la forma cómoda, segura y elegante que hoy tienen las lámparas de gas de los ferrocarriles, hubieron de ser objeto de muy minuciosos estudios.

Lo mismo que cuando se introdujo el alumbrado ordinario por gas, los ánimos apocados predijeron mil peligros para la aplicación en los ferrocarriles del gas de grasa comprimido; pero repetidos accidentes han demostrado que ni los descarrilamientos ni los choques producen, con tales aparatos, explosiones ó incendios, pues al romperse los recipientes el gas se escapa con gran ruido, pero no se inflama por la misma presión á que está sometido.

En 1870 hizo J. Pintsch su primer ensayo; en 1873 apenas 100 vagones estaban alumbrados por gas; en 1876 pasaban ya de 1.000; en 1880 llegaron á 7.000 y hoy el número de ellos excede de 10.000. Hasta las locomotoras de todas las grandes líneas están actualmente alumbradas por este sistema, con lo que ha ganado en intensidad la linterna de señales que todas llevan delante.

El extraordinario éxito de este alumbrado en los ferrocarriles, movió á hacer tentativas en otros sentidos, comenzando por aplicarlo á los buques de vapor, si bien en éstos ha costado más generalizar el sistema, dadas las condiciones de los vapores. En cambio el gas comprimido ha encontrado una aplicación especial que nunca será bastante admirada y ensalzada: la de alumbrar por medio de linternas especiales las boyas que señalan al marino los puntos peligrosos. J. Pintsch concibió para ello la idea de aprovechar como depósito para el gas el mismo cuerpo flotante de la boya, y las primeras pruebas verificadas en Rusia en 1876 dieron tan buen resultado, que pronto adoptaron el sistema casi todos los estados civilizados, y hoy encontramos en muchos puntos boyas luminosas de esta clase Las dos que presentó la casa Pintsch en la Exposicion de aparatos para evitar siniestros que se celebró en Berlín en 1889, y que reproducen las figs. 3 (tal como estaba en la Exposición) y 4 (anclada en el mar). Esta última está parcialmente cortada para que se vea el interior en donde se deposita el gas. La primera es la forma más común y la segunda la que se emplea para las aguas poco profundas y expuestas á fuertes cambios de nivel.

La disposición de estas boyas es sencillísima, pero muy ingeniosa. La boya es á la vez depósito de gas, y según el tamaño de aquélla la provisión de éste basta para alimentar durante 2, 3 ó 4 meses, día y noche, la llama con la misma intensidad; de modo que las mayores boyas han de ser llenadas tres veces al año, operación que se realiza por medio de un vapor cargado con grandes depósitos de aire comprimido que recorre las boyas de su demarcación, en las cuales introduce el gas por medio de un tubo móvil atornillado. Hecho esto, se cierra la válvula por donde se inyecta el gas, y la boya está en disposición de funcionar perfectamente por mucho tiempo. Para que la boya pueda llenar su cometido, se requiere que la lámpara adonde va á parar el gas después de pasar por el regulador de la presión sea insensible á los golpes de viento, á los vaivenes de las olas, á las inundaciones de éstas y á las lluvias. No era fácil encontrar una lámpara que llenara todas estas exigencias; pero después de la construcción de las linternas de ferrocarriles se consiguió resolver felizmente esta dificultad. La fig. 5 representa una sección de esta lámpara. En ella, como se ve, la lámpara y el regulador forman una sola pieza, encerrada en una bitácora, y en su construcción sólo se emplean latón, cobre y cristal, porque estos materiales son los únicos que resisten mucho tiempo al agua del mar. De estas lámparas las hay de 50 y 120 kilogramos de peso. El gas arde en ellas en 3 ó 5 mecheros circulares, produciendo una luz blanca intensa. Nuestro grabado indica por medio de flechas la dirección del aire y del gas; los canales para el aire están calculados de modo que la lámpara quede protegida contra los embates del agua. Para aprovechar mejor la luz, la llama está rodeada de una caja de cristal formada por anillos lenticulares de Fresnel, que reunen y proyectan en un plano horizontal la luz que irradia por arriba y por abajo. De esta suerte se obtiene una luz intensísima, visible de muy lejos y colocada á una altura igual á la de la cubierta de la generalidad de los buques.

Los beneficios que estas boyas reportan han sido universalmente reconocidos, y hoy las encontramos instaladas en el canal de Suez, delante de Trieste y de Cádiz y en casi todas las costas septentrionales de Europa.

También se utiliza el gas de grasa comprimido para los buques faros que prestan el mismo servicio que las boyas, para los faros propiamente dichos y para otros objetos análogos.

Precisamente en su aplicación para la seguridad y mejoramiento de cuanto con la navegación se relaciona, estriba la misión principal que el gas de grasa comprimido está llamado á realizar. En cuanto á las ventajas de este sistema, están claramente expuestas en una memoria del mismo inventor, de la que hemos tomado la mayor parte de los datos consignados en este artículo, y pueden resumirse diciendo que este alumbrado aplicado á los faros, boyas y demás constituye una garantía de seguridad y sirve de guía al navegante en su peligrosa gruta.

(De la revista alemana *Prometheus*)



Tetera automática de Mr. Royle

***

LA CIENCIA PRÁCTICA. – TETERA AUTOMÁTICA

Los inconvenientes que la distribución del te trac consigo cuando los invitados son muchos, y por consiguiente la tetera grande, quedan obviados con la tetera automática de Mr. Royle, cuyo aspecto es igual al de la ordinaria, sin más diferencia que en ella el pitón arranca del fondo y está encorvado en su extremo superior para que el chorro que por él se escapa sea casi vertical. Constituye la tapadera un cilindro hueco formando un pistón provisto en su parte superior de un botón con un agujero de 5 á 6 milímetros de diámetro. Para verter el líquido se coloca una taza debajo del pitón, se levanta el cilindro verticalmente cogiéndolo con el pulgar y el dedo medio y se le aprieta luego tapando el agujero con el índice. El aire que se ha introducido por el orificio al levantar el cilindro y que no puede escapar una vez tapado aquél, ejerce presión sobre el líquido y le hace salir por el pitón. Para que el líquido deje de fluir no hay más que destapar el agujero que se mantiene cerrado con el índice, con lo cual cesa la presión del aire.

De esta suerte el líquido puede ser servido hasta la última gota sin mover la tetera de su sitio.

(De *La Nature*)



TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

Ilustraciones de Emilio Bayard - Grabado de Huyot

(CONTINUACIÓN)

El trato que había tenido el poeta con los barbudos revolucionarios del café de Sevilla y con las corbatas parlamentarias del Salón de la condesa Fontaine, habíale disgustado para siempre de la política. Por tanto, se preocupó muy poco de los ministerios liberales, del plebiscito y de las diferentes fases de la enfermedad de que moría el segundo imperio. Pero Amadeo era buen francés. La violación de la frontera, las primeras batallas perdidas, hicieron asomar á su rostro el rubor encendido del ultraje. Cuando París fué amenazado pidió un arma como los demás, y aunque no tenía espíritu militar, se juró cumplir con su deber, con todo su deber. El día en que vió pasar, bajo el hermoso sol de septiembre, el kepis dorado de Trochu entre las bayonetas, había allí cuatrocientos mil parisienses llenos como él de buena voluntad, que en el cañón de su fusil habían puesto como una flor su resolución de morir como buenos.

¡Ah, miseria de la derrota! Todos aquellos valientes debían solamente estacionarse durante cinco meses, en su sitio, y comer carne podrida.

¡Que Dios perdone á los tímidos y á los habladores! ¡Ay! ¡Pobre vieja Francia! ¡Después de tanta gloria! ¡Pobre Francia de Juana de Arco y de Napoleón!

XVI

Hacía cerca de tres meses que duraba el gran sitio. El 3 de noviembre se había librado una gran batalla en las riberas del Marne; después, durante veinticuatro horas, la acción cesó algún tanto por la mucha nieve que caía, pero decíase que la jornada del 2 de diciembre sería decisiva.

Aquella mañana el batallón de la guardia nacional, del que formaba parte Amadeo Violette, había salido por primera vez con orden de mantenerse sencillamente de reserva en tercera línea, bajo los cañones de un fuerte situado en una espantosa llanura al Este de París.

Los guardias nacionales no tenían, por cierto, mal aspecto, aunque pareciesen algo embarazados por sus pesados capotes de paño azul obscuro con botones de hoja de lata, y por sus fusiles de cazoleta más pesados todavía, todo nuevo y como improvisado.

Salieron del centro de la ciudad á paso doble, de cuatro en fondo, al redoble de tambores y mandados por un coronel que había sido bagajero y herrador del tercero de húsares. Verdaderamente sólo deseaban portarse bien, y no era culpa suya el que, por falta de confianza en ellos, no se les destinara á la primera línea. Al llegar á las fortificaciones y franquear el puente levadizo, entonaron la *Marsellesa* como hombres dispuestos á hacerse romper el bautismo. Lo que tal vez perjudicaba más á su aspecto marcial, eran sus sólidos zapatos de caza, sus polainas de cuero, sus guantes de algodón y sus bufandas; en fin, su aire confortable de gentes que se han procurado en su casa algunas cosas agradables, como, por ejemplo, panecillos rellenos de comestibles, pastillas de chocolate, tabaco y algún frasco de ron.

Apenas habían andado dos kilómetros fuera del parapeto y cuando llegaron cerca del fuerte, en donde en aquel momento no jugaba la artillería, un oficial de estado mayor, montado en un jacucho de amarillenta piel, que sólo tenía huesos y pellejo, les detuvo con un ademán y mandó secamente al comandante que se situaran á la izquierda del camino en un campo del que hacía tiempo se había arrancado hasta la última hierba. Allí formaron pabellones, y rompiendo filas esperaron órdenes.

¡Qué lugar tan siniestro! En el cielo sucias nubes y en la tierra terrenos áridos manchados de nieve á medio derretir; el fuerte, bajo, cerrado como en actitud de defensa; grupos de casas ruinosas diseminadas; una fábrica, cuya alta chimenea habían destruído en parte las bombas, acribillando la pared, en la que aún se leían estas palabras, escritas con grandes letras negras: «Jabonería del High-Life,» y atravesando este paisaje de desolación un camino largo y tortuoso, que se prolongaba hasta allá abajo, del lado del campo de batalla, y en medio del cual, ofreciendo un símbolo de muerte, yacía el cadáver de un caballo, caído allí como un fardo.

Frente á los guardias nacionales, al otro lado del camino, tomaba el rancho un batallón de línea, muy castigado en la acción de la antevíspera. Habíase replegado en aquel sitio para descansar un poco y había pasado toda la noche sin abrigo y azotado por la nieve. Tiritando, llenos de barro, cubiertos de andrajos, los soldados lúgubremente agrupados alrededor de escasas hogueras de leña verde que apenas ardía, ofrecían un aspecto lamentable. Los infelices mostraban caras cetrinas y barbas de hospital debajo de sus kepis deformados. Azotados por el viento áspero y frío que barría la llanura, sentían estremecerse sus espaldas rendidas de cansancio, cuyos omoplatos se hundían debajo del paño ajado de sus capotes. Algunos de ellos, que por estar heridos levemente no habían sido llevados á la ambulancia, mostraban en la frente ó en las muñecas surcos sangrientos. Cuando pasaba un oficial humillado y con la cabeza baja, no le saludaban. Aquellos hombres habían sufrido demasiado, y en sus extraviadas miradas adivinábase una desesperación furiosa é insolente, próxima á estallar en injurias. Hubieran causado horror á no haber inspirado compasión. ¡Ay! Eran vencidos.

Los parisienses estaban ávidos de noticias respecto á las recientes operaciones militares, porque no habían leído en los periódicos de la mañana, más que despachos enigmáticos y boletines erizados ex profeso de términos estratégicos, poco comprensibles para los profanos, como todos los publicados durante este horroroso sitio. Pero todos ó casi todos conservaban intactas sus esperanzas patrióticas, ó para hablar más sinceramente, su ciego optimismo; y estaban

seguros, contra toda razón, de la victoria definitiva. Atravesaron el camino en pequeños grupos y aproximáronse á los pontalones encarnados para hablar un poco.

– Y bien; ¿qué ha pasado el 30 hacia el lado de Champigny? ¿Es cierto que somos dueños de la ribera del Marne? ¿Sabéis, hijos míos, lo que se dice



en París? Pues que Trochu va á abrirse paso por entre las líneas prusianas, para unirse con los ejércitos auxiliares; en una palabra, que estamos á punto de dar los últimos golpes.

Y ante aquellos espectros de soldados rendidos y hambrientos, los honrados guardias nacionales, bien abrigados para el invierno, comenzaron á proferir las palabras crudas, las frases rimbombantes con las que se enguajaban desde hacía meses: «romper el círculo de hierro,» «ni una pulgada, ni una piedra,» «guerra á todo trance,» «salida torrencial,» etc., etc. Pero los más fogosos preopinantes se desalentaron pronto al observar que los soldados de línea se encogían brutalmente de hombros, mirándolos con los malos ojos con que el perro huraño mira al que le molesta.

Sin embargo, un soberbio sargento mayor de la guardia nacional, con equipo nuevo y barba rubia, esposo de una modista de fama que todos los días en la cervecería después de apurar el sexto bock explicaba, valiéndose de fósforos, un plan infalible para hacer levantar el sitio de París y reducir á polvo los ejércitos alemanes, cometió la torpeza de insistir.

– ¡Vamos, valiente!, – dijo dirigiéndose á un picaresco cabo que se preparaba á tomar el rancho, en el mismo tono con que hubiera preguntado á un táctico veterano, á un estratégico como Turena ó Davout. – ¡Veamos! ¿Estuvo usted en la tremolina de anteayer? Díganos su opinión. Las posiciones ocupadas por Ducrot ¿son tan fuertes como se asegura?... ¿Será hoy el día de victoria?

El cabo se volvió bruscamente, mostrando una cara cetrina y unos ojos azules llenos de cólera y de amenaza, y dijo con voz sorda:

– ¡Vayan ustedes mismos á verlo!

Entristecidos y desalentados por la desmoralización de la tropa, se retiraron los guardias nacionales.

– He aquí el ejército que nos ha dejado el imperio, – dijo el marido de la modista, que era un imbécil.

Viniendo por el camino, procedentes de París, llegaba un batallón de móviles, encaminándose en desorden al lugar en donde empezaban á oirse las descargas de artillería. Eran pobres hijos de los departamentos del Oeste, todos jóvenes, que llevaban sobre los kepis los armiños de Bretaña, y cuyos buenos colores no habían apagado todavía los sufrimientos y privaciones del sitio. Menos deteriorados que los infelices soldados de línea, no teniendo demasiado frío bajo sus pieles de carnero, respetaban aún á sus oficiales, á los que conocían personalmente, llamándoles «nuestros señores.»

Estaban confortados, en caso de desgracia, por la absolución que les había dado anticipadamente uno de sus rectores, que marchaba en las filas de la primera compañía con la sotana remangada y calado hasta los ojos el sombrero romano. Aquellos muchachos de las landas entraban en fuego algo á la desbandada, como sus antepasados del tiempo de M. de la Rochejaquelein y de Stofflet, mas con paso firme y bien colocado sobre el hombro el chassepot. ¡Por Santa Ana, que tenían cara de buenos soldados!

Cuando pasaron por delante de los guardias nacionales, el rubio modisto agitó furiosamente su kepis en el aire, gritando con toda la fuerza de sus pulmones de buen mozo:

«¡Viva la República!»

Pero otra vez el entusiasmo de aquel fatuo cayó en el vacío.

Los bretones arrostraban el peligro, algo por temperamento y mucho por espíritu de deber y disciplina, y desde un principio, aquellos sencillos corazones llegaron á la suprema sabiduría, que consiste en amar á su país y dejarse matar por él cuando es necesario, sin preocuparse de las varias mixtificaciones llamadas gobiernos. Cuatro ó cinco mocetones, todo lo más, admirados del grito con que se les saludaba, volvieron hacia los guardias nacionales sus plácidas caras de campesinos, y... pasó el batallón.

El marido de la modista, que era un vago adorado de su mujer y que gastaba en el café todo el dinero que ella le daba, seduciendo de vez en cuando á alguna aprendiza, se escandalizó sobre manera.

Entretanto, Amadeo Violette se paseaba meditabundo delante de los pabellones.

Su ardor guerrero de los primeros días había decaído mucho. Desde el principio de este horrible sitio había visto demasiado y oído decir tonterías sin cuento y de sobra asistido á uno de los más tristes espectáculos que pueda dar un pueblo: la vanidad en la desgracia. Estaba hastiado de ver á sus compatriotas, los queridos parisienses, redoblar sus fanfarronadas á cada desastre y tomar su frivolidad por heroísmo.

Admiraba la resignación de las pobres mujeres que hacían cola, con los pies metidos en el barro, á la puerta de las carnicerías en donde se expendía carne de caballo; pero le afectaban cada día más dolorosamente las baladronadas de sus compañeros de parapeto, que se creían sublimes haciendo el fantasmón. Los pasquines oficiales y la charla de los periódicos inspirábanle inmenso disgusto, porque jamás habían mentido tan descaradamente ni adulado al pueblo con tan innoble bajeza.

Sin ninguna esperanza en el corazón, con la certeza del desastre final, Amadeo se procuraba un poco de sueño vagando por las obscuras calles del París de



entonces, apenas alumbradas por algún quinqué de petróleo, bajo el opaco y negro cielo de las noches de invierno, oyendo los ecos de los cañones que retumbaban semejantes á aullidos lejanos de perros monstruosos.

¡Qué soledad! El poeta no tenía ni un solo amigo á quien confiar sus tristezas patrióticas.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Vanidades mundanas, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude. (Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del Campo de Marte, París, 1890. – Si el cuadro *Peonías* que publicamos en el núm. 438 de esta ILUSTRACIÓN no hubiera bastado para demostrarnos la originalidad del esclarecido pintor francés Alfredo Agache, las *Vanidades mundanas* vienen á disipar cualquier duda que sobre este punto pudiera ocurrirnos.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas, dijo Salomón; y en esta gran verdad del sabio rey está inspirado el cuadro que reproducimos. El autor de éste muestra una tendencia marcadísima hacia las abstracciones, y á ella ajusta las reglas de su pensamiento y las leyes rítmicas de su estilo, consecuencia de lo cual es cierta vaguedad que envuelve la mayoría de sus obras y de la que participa *Vanidades mundanas*. La idea del lienzo se comprende fácilmente; pero cuando se trata de descender á los detalles, se echa de menos, en cierto modo, la claridad que tan bien sienta á las obras artísticas, tanto más gratas á la vista cuanto menos explicaciones requieren.

Esto que no podemos en modo alguno llamar defecto, y que aun de ser tal lo sería de la escuela, pero no del artista, no mengua el valor del cuadro; la precisión con que aparece marcada la forma, el vigor que ofrece el dibujo y la frescura y riqueza de los tonos son cualidades más que suficientes para justificar la admiración de que fué objeto el cuadro de M. Agache por parte de cuantos visitaron la Exposición de la Sociedad Nacional de Bellas Artes celebrada en la última primavera en el Campo de Marte, de París.

***

Muchachas napolitanas ensartando perlas, cuadro de Edmundo Pury. (Exposición Universal de París de 1889.) – El autor de este cuadro ha rendido tributo á la escuela realista en toda su pureza; no ha buscado un asunto poético é interesante, ni ha procurado embellecer el motivo con la fuerza de la imaginación, ni se ha curado de remendar los míseros harapos que cubren los cuerpos de las dos ensartadoras de perlas, ni de lavar sus rostros ni de peinar sus greñas. Ha copiado sus modelos tales como se le han presentado y ha reproducido la escena tal como se ha ofrecido á sus ojos en pobre y destartalada vivienda. Y sin embargo, el cuadro tiene bellezas indiscutibles y sobre todo cierto no sé qué que atrae con tal fuerza que hasta llega á idealizar el prosaico tema. ¿A qué es esto debido? ¿Será porque la niñez es siempre simpática aun en su aspecto más tosco? ¿Será que la innegable expresión de los dos rostros, trazados en pronunciadas líneas y con vigorosos toques que les dan cierta belleza salvaje, se sobrepone á todos los demás detalles? ¿O será que el artista, cuando lo es de veras, cuando siente á fondo el arte, conoce al dedillo sus secretos y aplica con habilidad y de una manera justa sus leyes, tiene el milagroso poder de transformar los objetos y de producir sensaciones y sentimientos que, á primera vista, pugnan con el asunto tratado?

De todo esto creemos que hay en la obra de Pury; pero á nuestro modo de ver, lo que más contribuye al buen efecto de la misma es la manera con que está dibujada, la naturalidad que en ella campea y la prodigiosa distribución y gradación del claro obscuro, mediante la cual ha logrado el pintor efectos maravillosos, como el de la silueta de la niña que colocada de perfil destaca su busto sobre la blanca pared del fondo.

***

El día antes de la separación, cuadro de W. Rainey. – La casualidad los llevó á la misma playa; se vieron y, claro, se amaron. Este argumento poco interesante á fuerza de usado en novelas, artículos y revistas, y á fuerza, sobre todo, de repetido en la vida real, tiene siempre un punto culminante, y es el que precede á la separación próxima. En él se recapitulan las breves dichas pasadas, se llora la fatalidad presente y se forjan para el porvenir los más risueños planes, que no pocas veces el tiempo y la ausencia se encargan de destruir.

Rainey ha tomado por asunto de su bonito cuadro este momento más ó menos trascendental, según las consecuencias que de él se deriven, y lo ha tratado con gran acierto, consiguiendo que los dos jóvenes expresen bien los sentimientos que en sus almas despierta la última entrevista en aquellos sitios que vieron nacer y crecer su pasión. Pero se conoce que el pintor quiso agriar en cierto modo la dulce impresión que la vista del poético grupo produce, colocando en su cuadro la figura prosaica del marinero que al oir las amorosas protestas y los juramentos de fidelidad eterna no puede contener una maliciosa sonrisa, como diciendo: «Ya vendrá el tío Paco con la rebaja,» ó, según reza el cantar:

Y en volviéndole la espalda,
Si te he visto no me acuerdo.

El contraste no puede ser más acertado, y la imagen de la cruda realidad al lado y como burlándose de las exaltaciones de la ilusión poética encierra en el fondo una sátira sangrienta que por desgracia suele ser verdad en no pocos casos.

***

Castillo de Roger de Lauria, en Basilicata. (De una fotografía.) – Cerca de la ciudad de Lauria, en la provincia meridional italiana de Basilicata, consérvanse las ruinas del castillo que la tradición y la historia de consuno dicen haber pertenecido á Roger de Lauria. Zurita en los Anales de la Corona de Aragón afirma que el ilustre almirante fué enviado á Basilicata para sublevarla contra la dominación del de Anjou, y añade que permaneció algún tiempo en Lauria, en donde sus padres tenían algunas propiedades.

De suerte que con seguridad puede afirmarse que el castillo cuyos restos reproducimos, sirvió de residencia al valeroso caudillo que tan gloriosas páginas ocupa con su nombre y con sus hazañas en la historia de los monarcas aragoneses y catalanes.

EL CASTILLO DE ROGER DE LAURIA EN BASILICATA (ITALIA.) - De una fotografía

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN